

Orden Martinista del Perú

La Vía Del Corazón



A.: L.: G.: D.: Y.: E.: H.: O.: S.: H.: U.: A.: G.: A.: D.: U.:



LIBROS PARA BAJAR



“La Orden Martinista, de la que fue renovador y Gran Maestro el Dr. Gerard Encausse (Papus), considerando que las enseñanzas de Martínez de Pasqually y Luís Claudio de Saint Martín no podían ser patrimonio de unos pocos elegidos, creó en vida de Papus el llamado **MARTINISMO LIBRE**, Orden abierta a hombres y mujeres”

“La Orden Martinista en el Perú fue fundada por **S.E.I.E.I.E.** Carlos E. Cornejo López, en Lima, con el Círculo "Acanto" N° 19, el 4 de noviembre de 1962.

El **S.E.I.E.I.E.** Cornejo recibió en Chile la iniciación Martinista del **S.E.I.E.I.E.** Nicolás Rogalev Girs (Nabusar), el 24 de abril de 1963, recibiendo al mismo tiempo los poderes de Iniciador y como tal, fundó el Grupo "Lucían Chamuel" N° 37, el 5 de febrero de 1964”

"Solo el que es digno y que está versado en la historia del hermetismo, de sus doctrinas, de sus rituales, de sus ceremonias y de sus jeroglíficos, podrá penetrar el secreto, y conocer el significado real del reducido número de símbolos para la meditación del [Hombre de Deseo.](#)"

Artículos del Portal Martinista

Dr. Gerard Encausse (Papus)

El Sermón Del Monte - Emmet Fox

Edouard Schuré

**JESÚS
Y
LOS
ESENIOS**

I. EL CRISTO CÓSMICO

Hemos llegado a un punto de la evolución humana y divina en que es preciso recordar el pasado para comprender el porvenir. Porque hoy, el influjo de lo superior y el esfuerzo de lo inferior convergen en una fusión luminosa que proyecta sus rayos, retrocediendo, sobre el inmemorial pasado, y avanzando hacia el infinito futuro.

El advenimiento de Cristo significa el punto central, la incandescente pira de la historia. Señala un cambio de orientación y de lugar, un impulso nuevo y prodigioso. ¡Qué hay de sorprendente que aparezca a los intransigentes materialistas como una desviación funesta y a los simples creyentes como un golpe teatral que anula el pasado para reconstruir y refrigerar de nuevo al mundo!

A decir verdad, los primeros son víctimas de su ceguera espiritual y los segundos de la estrechez de sus horizontes. Si, de una parte, la manifestación de Cristo por medio del maestro Jesús es un hecho de significación incalculable, de otra ha sido incubada por toda la precedente evolución. Una trama de invisibles hilos ayúntala a todo el pasado de nuestro planeta. Esta radiación proviene del corazón de Dios para descender hasta el corazón del hombre y recordar a la tierra, hija del Sol y al hombre, hijo de los Dioses, su celeste origen.

Tratemos de dilucidar, en pocas palabras, este misterio.

La tierra con sus reinos, la humanidad con sus razas, las potestades espirituales con sus jerarquías que se prolongan hasta lo Insondable, evolucionan bajo idéntico impulso, con movimiento simultáneo y continuo. Cielo, tierra y hombre marchan unidos. El único medio de seguir el sentido de su evolución consiste en penetrar, con mirada única, estas tres esferas en su común tarea y considerarlas como un todo orgánico e indisoluble.

Así considerando, contemplamos el estado del mundo al nacer el Cristo y concentremos nuestra atención sobre las dos razas que representan, en aquel momento, la vanguardia humana: la greco-latina y la judía.

Desde el punto de vista espiritual, la transformación de la humanidad desde la Atlántida hasta la era cristiana, nos ofrece el doble espectáculo de un retraso y de un progreso. De un lado la disminución gradual de la clarividencia y de la directa comunión con las fuerzas de la naturaleza y las potestades cósmicas. De otro, el activo desenvolvimiento de la razón y de la inteligencia, a que sigue la conquista material del mundo por el hombre.

En los centros de iniciación, en los lugares donde se emiten los oráculos, una selección continúa, sin embargo, cultivando la clarividencia y de allí emanan todos los movimientos religiosos y todas las grandes impulsiones civilizadoras.

Pero la clarividencia y las facultades de adivinación disminuyen entre la gran masa humana. Esta transformación espiritual e intelectual del hombre,

más atraído cada vez hacia el plano físico, corresponde a una paralela transformación de su organismo. Cuanto más remontamos el prehistórico pasado, más fluido y leve es su envoltura. Luego, se solidifica.

Simultáneamente el cuerpo etéreo, que sobrepasaba antes el cuerpo físico, es absorbido por éste paulatinamente hasta convertirlo en su duplicación exacta. Su cuerpo astral, su aura radiosa, que antaño se proyectaba a lo lejos como una atmósfera sirviendo a sus percepciones hiperfísicas, a su relación con los Dioses, se concentra también en torno de su cuerpo hasta no constituir más que un cerco nímbeo, que su vida satura y sus pasiones colorean.

Esta transformación comprende millares y millares de años. Se prolonga hacia la segunda mitad del período atlante y todas las civilizaciones de Asia, del Norte de África y de Europa, de las que emanaron indos, persas, caldeos, egipcios, griegos y pueblos norteños de Europa.

Esta involución de las fuerzas cósmicas en el hombre físico era indispensable para su complemento y su intelectual perfección. Grecia representa el postrero estadio de este *descenso del Espíritu en la materia*. En ella la fusión es perfecta. Sintetiza una expansión maravillosa de la belleza física en un equilibrio intelectual.

Pero este templo diáfano, habitado por hombres semi-divinos, se yergue al borde de un precipicio donde pululan los monstruos del Tártaro. Momento crítico. Como nada se detiene y es forzoso avanzar o retroceder, la humanidad no podía menos, al llegar a este punto, de hundirse en la depravación y en la bestialidad, o remontar hacia las cimas del Espíritu con redoblada conciencia.

La decadencia griega y, sobre todo, la orgía imperial de Roma, presenta el espectáculo, a la vez repugnante y grandioso, de este precipitar del hombre antiguo en el libertinaje y en la crueldad, término fatal de todos los grandes movimientos de la historia.¹

"Grecia —dice Rodolfo Steiner— realizó su obra dejando tupir gradualmente el velo que recubría su antigua videncia. La raza greco-latina, con su rápida decadencia, señala el más hondo descenso del espíritu en la materia, en el curso de la evolución humana. La conquista del mundo material y el desenvolvimiento de las ciencias positivas lograronse a este precio.

Como la vida póstuma del alma se halla condicionada por su vida terrestre, los hombres vulgares apenas se remontaban después de su muerte. Llevábanse una porción de sus velos, y su existencia astral corría pareja con la vida de las sombras. A ello se refiere la queja del alma de Aquiles en el relato de Hornero: "Es preferible ser mendigo en la tierra que rey en el país de las sombras". La misión asignada a la humanidad post-atlante debía forzosamente alejarla del mundo espiritual. Es ley del Cosmos que la grandeza de una parte es a costa, durante un tiempo, de la

decadencia de otra".²

Era necesaria a la humanidad una formidable transformación, una ascensión hacia las cumbres del Alma para el cumplimiento de sus destinos. Mas para ello hacía falta una nueva religión, más pujante que todas las precedentes, capaz de conmover las masas aletargadas y remover el ente humano hasta sus recónditas profundidades.

Las anteriores revelaciones de la raza blanca habían tenido lugar por entero, en los mundos astral y etéreo, y de allí actuaban poderosamente sobre el hombre y la civilización. El cristianismo, advenido de más lejos y descendido de más alto a través de todas las esferas, debía manifestarse hasta en el mundo físico para transfigurarlos, espiritualizándolos, y ofrecer al individuo y a la colectividad la inmediata conciencia de su celeste origen y de su divino objetivo. No existen, pues, solamente razones de orden moral y social, sino razones cosmológicas que justifican la aparición de Cristo en la tierra.

Alguna vez, en pleno Atlántico, cuando un viento bajo atraviesa el tempestuoso cielo, viese, en cierto lugar, condensar las nubes que descienden inclinadas hacia el Océano en forma de embudo. Simultáneamente, elevase el mar como un cono adelantándose al encuentro de la nube. Parece que toda la masa líquida afluye a este torbellino para retorcerse y erguirse con él. Súbitamente ambos extremos se atraen y se confunden como dos bocas. .. ¡Se ha formado la tromba! El viento atrae al mar y el mar absorbe al viento. Vórtice de aire y de agua, columna viva, avanza vertiginosamente sobre las ondas convulsas juntando, por un instante, la tierra con el cielo.

El fenómeno de Cristo descendiendo del mundo espiritual al físico a través de los planos astral y etéreo, semeja un meteoro marino. En ambos casos, las potestades de cielo y tierra se ayuntan y colaboran en una función suprema. Mas si se forma la tromba en breves minutos bajo la violencia del huracán y las corrientes eléctricas, el descenso de Cristo en la tierra exige millares de años, remontándose su causa primera a los arcanos de nuestro planetario sistema.

En esta metáfora que trata de definir por medio de una imagen el papel del Cristo cósmico en nuestra humanidad, la raza judía representa la contraparte terrestre, exotérica y visible. Es la porción inferior de la tromba que se remonta atraída por el torbellino de lo alto. Este pueblo se revuelve contra los demás. Con su intolerancia, su idea fija, obstinada, escandaliza a las naciones como la tromba escandaliza a las olas. La idea monoteísta entre los patriarcas.

Moisés se vale de ella para amasar una nación. Como el simún levanta una columna de polvo, junta Moisés a los ibrimos y beduinos errantes para formar el pueblo de Israel. Iniciado en Egipto, protegido por un Elohim al que llama Javé, se impone por la palabra, las armas y el fuego. Un Dios,

una Ley, un Arca, un pueblo para mantenerla avanzando durante cuarenta años al través del desierto, soportando hambres y sediciones, camino de la tierra prometida.

De esta idea potente como la columna de fuego que precede al tabernáculo, ha salido el pueblo de Israel con sus doce tribus que corresponden a los doce signos del Zodíaco. Israel mantendrá intacta la idea monoteísta, a pesar de los crímenes de sus reyes y los asaltos de los pueblos idólatras.

Y en esta idea se injerta, desde el origen, la idea mesiánica. Ya Moisés moribundo anunció al Salvador final, rey de justicia, profeta y purificador del universo.

De siglo en siglo, lo proclama la voz infatigable de los profetas, desde el destierro babilónico hasta el férreo yugo romano. Bajo el reinado de Herodes, el pueblo judío semeja una nave en peligro cuya tripulación enloquecida encendiera el mástil a manera de fanal que les guiara entre los escollos. Porque en este momento, Israel, presenta el espectáculo, desconcertante e inaudito, de un pueblo pisoteado por el destino y que, medio aplastado, espera salvarse mediante la encarnación de un Dios. Israel debía naufragar, pero Dios encarnó.

¿Qué representa en este caso la trama compleja de la Providencia, de la humana libertad y del Destino? El pueblo judío personifica y encarna en cierto modo la llamada del mundo a Cristo. En él la libertad humana, obstaculizada por el Destino, es decir, por las faltas del pasado, clama a la Providencia para el logro de su salvación. Porque las grandes religiones reflejaron esta predisposición como en un espejo. Nadie alcanza a concretar una definida idea del Mesías, pero los iniciados la habían sentido y anunciado mucho tiempo antes.

Contestó Jesús a los fariseos que le interrogaban sobre su misión: "Antes que Abraham, yo existía". A los apóstoles temerosos de su muerte, decía estas sorprendentes palabras, jamás pronunciadas por ningún profeta y que aparecerían ridículas en unos labios que no fueran los suyos. "Pasarán cielo y tierra, pero mis palabras no pasarán".

O son tales conceptos divagaciones de alienado o, de lo contrario, poseen una trascendente significación cosmológica. Para la oficial tradición eclesiástica, Cristo, segunda persona de la Trinidad, no abandonó el seno del Padre más que para encarnar en la Virgen María.

Para la tradición esotérica también Cristo es una entidad sobrehumana, un Dios en el amplio sentido de la palabra, la más alta manifestación espiritual por la humanidad conocida. Pero como todos los Dioses, Verbos del Eterno, desde los Arcángeles hasta los Tronos, atraviesa una evolución que perdura durante toda la vida planetaria y por ser la suya única entre las Potestades por completo manifestadas en una encarnación humana, resulta de especial naturaleza.

Para conocer su origen precisa remontar la historia de las razas humanas hasta la constitución del planeta, hasta el primer estremecimiento de luz en nuestra nebulosa. Porque, según la tradición rosicruciana, el Espíritu que habló al mundo bajo el nombre de Cristo y por boca del maestro Jesús, se halla espiritualmente unido al sol, astro-rey de nuestro sistema.

Las Potestades cósmicas han elaborado nuestro mundo bajo la dirección única y de acuerdo con una sapiente jerarquía. Bosquejados en el plano espiritual tipos y elementos, almas y cuerpos, refléjanse en el mundo astral, vitalízanse en el etéreo y se condensan en la materia.

Cada planeta es obra de distinto orden de potestades creadoras, que engendran otras formas de vida. Cada inmensa potestad cósmica, o sea, cada gran Dios tiene por séquito legiones de espíritus que son sus inteligentes obreros.

La tradición esotérica de Occidente considera a Cristo rey de los genios solares. En el instante en que la tierra separóse del sol, los sublimes espíritus llamados *esovofotí* por Dionisio Areopagita, *Virtudes* por la tradición latina, *Espíritus de la Forma* por Rodolfo Steiner, retiráronse al astro luminoso que acababa de proyectar su núcleo opaco. Eran de una naturaleza harto sutil para gozarse en la densa atmósfera terrestre en que debían debatirse los Arcángeles.

Pero, concentrados en torno del aura solar, actuaron desde allí con mucho más poder sobre la tierra, fecundándola con sus rayos y revistiéndola con su manto de verdura. Cristo, devenido regente de estas potestades espirituales, podn'a titularse Arcángel solar. Cobijado por ellas permaneció mucho tiempo ignorado por los hombres bajo su velo de luz.

La tierra ingente sufrió el influjo de otro Dios cuyas legiones se hallaban entonces centralizadas en el planeta Venus. Esta potestad cósmica se llamó Lucifer, o Arcángel rebelde por la tradición judeo-cristiana, que precipitó el avance del alma humana en la conquista de la materia, identificando el yo con lo más denso de su envoltura. A causa de ello fue el causante indirecto del mal, pero también el impulsor de la pasión y del entusiasmo, esta divina fulguración en el hombre al través de los tumultos de la sangre. Sin él careceríamos de razón y de libertad y le faltaría al espíritu el trampolín para rebotar hacia los astros.

La influencia de los espíritus luciferianos predomina durante el período lemuriano y atlante, pero desde el comienzo del período ario se hace patente la influencia espiritual que emana del aura solar que se acrecienta de período en período, de raza en raza, de religión en religión. Así, paulatinamente, Cristo se acerca al mundo terrestre por medio de una radiación progresiva.

Esta lenta y profunda incubación semeja, en el plano espiritual, lo que en el plano físico fuera la aparición de un astro advenido de lo profundo del cielo del que percibiríase, a medida de su acercamiento, el progresado

aumento de su disco.

Indra, Osiris, Apolo, se elevan sobre la India, Egipto y Grecia como precursores de Cristo. Luce al través de estos Dioses solares como blanca lumbre tras los vitrales rojos, amarillos o azules de las catedrales. Aparece periódicamente a los contados iniciados como de vez en cuando sobre el Nilo, perforando los róseos resplandores del sol poniente que se prolongan hasta el cénit, declina una lejana estrella. Ya resplandece para la aguda visión de Zoroastro bajo la figura de Ahura-Mazda como un Dios revestido con el esplendor del sol. Llamea para Moisés en la zarza ardiente, y fulgura, semejante al rayo, a través de todos los Elohim en medio de los relámpagos del Sinaí. Helo aquí convertido en Adonai, el Señor, anunciando así su próxima venida.

Pero esto no era bastante. Para arrancar a la humanidad de la opresión de la materia en la que se hallaba sumergida desde su descenso, faltaba que este Espíritu sublime encarnara en un hombre, precisaba que el Verbo solar descendiera en cuerpo humano, que se le viera andar y respirar sobre la tierra.

Para encaminar a los hombres por la senda de las altitudes espirituales y mostrarles su célico objetivo, no faltaba más que *la manifestación del divino Arquetipo en el plano físico*. Faltaba que triunfase del mal por el Amor infinito y de la muerte por la esplendorosa Resurrección. Que surgiera intacto, transfigurado y más majestuoso aún del abismo en que se había sumergido.

El redactor del Evangelio, según San Juan, pudo decir en un sentido a la vez literal y trascendente: "El Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros y vimos su gloria, lleno de gracia y de verdad".

Tal es la razón cósmica de la encarnación del Verbo solar. Acabamos de percibir la necesidad de su manifestación terrestre desde el punto de vista de la evolución divina. Veamos ahora cómo la evolución le prepara un instrumento digno de recibirlo.

II. EL MAESTRO JESÚS, SUS ORÍGENES Y DESENVOLVIMIENTO

Una cuestión previa aparece a cuantos quieren evocar, en nuestros días, al verdadero Jesús: la del relativo valor de los cuatro Evangelios.

A todo el que haya penetrado mediante la meditación y la intuición la intrínseca verdad de tales testimonios, de carácter único, le tentará la respuesta a todas las objeciones opuestas por la crítica a la autenticidad de los Evangelios, valiéndose de una palabra de Goethe. Ya en la última época de su vida, díjole un amigo:

-Según las investigaciones, el Evangelio de San Juan no es auténtico.

— ¿Y qué es auténtico? —respondió el autor de *Fausto*— más que lo eternamente bello y verdadero?

Mediante tan soberbio concepto, el viejo poeta, más sabio que todos los pensadores de su época, colocaba en su respectivo lugar las toscas construcciones de la escuela crítica y puramente documentaría, cuya presuntuosa fealdad ha llegado a ocultar a nuestros ojos la Verdad de la Vida.

Seamos más precisos. Es cosa admitida que los Evangelios griegos fueron redactados mucho tiempo después de la muerte de Jesús a base de las tradiciones judías que se remontaban directamente hasta los discípulos y testigos oculares de la vida del Maestro. Contengan o no ciertas contradicciones de detalle y aunque nos presenten al profeta de Galilea bajo dos modalidades opuestas, ¿en qué se fundamentan, para nosotros, la verdad y la autenticidad de tales escrituras? ¿En la fecha de su redacción? ¿En el cúmulo de comentarios amontonados sobre ellos?

No. Su fuerza y su veracidad residen en la viviente unidad de la persona y de la doctrina que de ellas dimanar, poseyendo por contraprueba el hecho de que tal palabra ha cambiado la faz del mundo y la posibilidad de la nueva vida que puede aún evocar en cada uno de nosotros.

He aquí la soberana prueba de la realidad histórica de Jesús de Nazareth y de la autenticidad de los Evangelios. Lo demás es accesorio. En cuanto a los que, como David Strauss, imitado por algunos teósofos, intentan persuadirnos de que Cristo es un simple mito, "una inmensa patraña histórica", su grotesco pedantismo exige de nosotros más ciega fe que la de los más fanáticos creyentes. Como ha dicho muy bien Rousseau, si los pescadores de Galilea, los escribas de Jerusalén y los filósofos neoplatónicos de Efeso hubiesen fabricado por entero la figura de Jesús-Cristo, que venció al mundo antiguo y ha conquistado a la humanidad moderna, resultaría un milagro más ilógico y de más difícil comprensión que todos los realizados por Cristo. Para el ocultismo contemporáneo, como

para los iniciados de todo tiempo, son hechos conocidos y averiguados si bien realizados por El a su máxima potencia.

Estos milagros materiales eran necesarios para persuadir a los contemporáneos de Jesús.

Lo que ante nosotros se impone aún hoy con no menos invencible poderío, es la figura sugerente, es la incomparable grandeza espiritual de este mismo Jesús que resurge de los Evangelios y de la conciencia humana más lleno cada vez de vida.

Afirmemos, pues, con Rodolfo Steiner: "La moderna crítica sobre los Evangelios no nos aclara más que la contraparte externa y material de tales documentos. Pero nada nos aportan de su esencia. Una personalidad tan vasta como la de Cristo, no podía abarcarla uno solo de sus discípulos. Debía revelarse a cada cual según sus facultades, al través de un aspecto distinto de su naturaleza. Supongamos que sólo tomáramos la fotografía de un árbol por un solo lado. No tendríamos más que una imagen parcial. Supongamos, empero, que la tomáramos desde cuatro distintos puntos de vista. Tendríamos entonces una imagen completa.

"Lo mismo ocurre con los Evangelios. Cada uno de ellos corresponde a un distinto grado de iniciación y nos presenta diversamente la naturaleza de Jesús-Cristo.

"Mateo y Lucas nos describen preferentemente al maestro Jesús, es decir, la naturaleza humana del fundador del cristianismo. Marcos y Juan sugieren, por encima de todo, su naturaleza espiritual y divina.

"Mateo observa al maestro Jesús *desde el punto de vista físico*. Nos ofrece los más preciosos documentos por lo que respecta a las generaciones que le precedieron a sus relaciones atávicas con el pueblo de Israel.

"Lucas, el evangelista más poético y más imaginativo, relata *la vida íntima del Maestro*. Veía el reflejo de su yo en su cuerpo astral. Describe, en conmovedoras imágenes, el poder de amor y de sacrificio que derramaba su corazón.

"Marcos corresponde al *aura magnética que rodea a Cristo* cuyos rayos se prolongan hasta el mundo del espíritu. El nos muestra, sobre todo, su fuerza milagrosa de terapeuta, su majestad y poderío.

"Juan es por excelencia, *el Evangelio metafísica*. Su objetivo es revelar el divino espíritu de Cristo. Menos preciso que Marcos y Mateo, más abstracto que Lucas, carece, al revés de este último, de las incisivas visiones que reflejan los hechos del mundo astral. Pero *oye el verbo interior y primordial, la creadora palabra* que vibra en cada modulación y en toda la vida de Cristo, proclamando el Evangelio del Espíritu.

"Los cuatro evangelistas representan, pues, los inspirados y los clarividentes de Cristo, aunque cada cual lo exprese según sus límites y al través de su esfera".³

La diversidad y la unidad de inspiración de los Evangelios que se

complementan y entrefunden como las cuatro etapas de la vida humana, nos demuestran su valor relativo. Relacionando cada uno con lo que representa, se logra penetrar poco a poco en la alta personalidad de Jesús-Cristo que bordea en su fase humana la evolución particular del pueblo judío y en su divina fase, toda la evolución planetaria.⁴

Remontando la ascendencia de Jesús hasta David y Abraham, el Evangelio de Mateo nos lo hace descender de los elegidos de la raza de judá. Su cuerpo físico es la flor suprema de aquel pueblo.

He aquí cuanto precisa retener de este árbol genealógico. Físicamente, el Maestro Jesús debía ser el producto de una larga selección, la filtración de toda una raza.

Pero además del atavismo del cuerpo, existe el del alma. Todo ego humano ha pasado por numerosas encarnaciones precedentes. Las de los iniciados son de especial modalidad, de excepción y proporción ajustada a su grado evolutivo.

A los *nabí*, profetas judíos, los consagraban por lo común sus propias madres a Dios y se les imponía el nombre de Emmanuel o *Dios en sí mismo*. Ello significaba que serían inspirados por el Espíritu. Concurrían aquellos niños a un colegio destinado a los profetas y luego hacían votos para consagrarse a la vida ascética, en el desierto. Se llamaban *Nazarenos* porque dejaban crecer sus cabellos.

Los que se llaman en la India *Bodisatvas* tienen muchos puntos de semejanza (teniendo en cuenta todas las diferencias de raza y de religión) con los profetas hebreos que llevaban el nombre de Emmanuel. Eran seres cuya alma espiritual (Bodhi) se hallaba lo suficientemente desenvuelta para relacionarse con el mundo divino durante su encarnación. Un *Buda* era para los indos un Bodisatva que había alcanzado la perfección moral en su última encarnación. Esta perfección suponía una completa penetración del cuerpo por el alma espiritual.

Después de tal manifestación, que ejerce sobre la humanidad una influencia regeneradora y purificadora, no tiene un Buda necesidad de reencarnar otra vez. Entra en la gloria del *Nirvana* o de la *No-Ilusión* y permanece en el mundo divino, desde donde continúa influyendo en la humanidad.

Cristo es más que Bodisatva y más que Buda. Es una potestad cósmica, el elegido de los Devas, el mismo Verbo solar que no toma cuerpo más que una vez para dar a la humanidad su más poderoso impulso. Un espíritu de tal envergadura no podía encarnarse en el seno de una mujer y en el cuerpo de un niño. Este dios no podía seguir, como se hallan obligados los demás hombres, aun los más elevados, el cerco angosto de la evolución animal que se reproduce en la gestación del niño por medio de la madre. No podía sufrir, inevitable ley de toda encarnación, el temporáneo eclipse de la conciencia divina. Un Cristo, directamente encarnado en el seno de una

mujer, hubiera matado a la madre como mató Júpiter a Semele, madre del segundo Dionysos, según la leyenda griega. Necesitaba para encarnar, un cuerpo adulto, evolucionado por una raza fuerte hasta un grado de perfección y de pureza digno del Arquetipo humano, del Adam primitivo, modelado por los Elohim en la luz increada en el origen de nuestro mundo.

Este cuerpo, elegido entre todos, otorgólo la persona de! Maestro Jesús, hijo de María. Pero precisaba aún que desde su nacimiento hasta la edad de treinta años, época en que debía tomar Cristo posesión de su tabernáculo humano, fuera el cuerpo del Maestro Jesús templado y afinado por un iniciado de primer orden. De este modo un hombre casi divino ofrecía su cuerpo en holocausto, como vaso sagrado, para recibir a Dios hecho hombre.

¿Quién es el gran profeta, ilustre entre los religiosos fastos de la humanidad, al que incumbió esta terrible tarea? Los evangelistas no lo dicen. Pero el Evangelio de Mateo lo indica claramente haciéndolo presentir al través de la más sugestiva de sus leyendas.

El divino Infante ha nacido en la noche embalsamada y plácida de Belén. Pesa el silencio sobre los negros montes de Iudá. Sólo los pastores oyen las voces angélicas que bajan del cielo, cuajado de estrellas.

Duerme el Niño en su pesebre. Su madre, extasiada, lo cobija con los ojos. Cuando abre los suyos siente María su hondura hasta la médula, como cuchilla penetrada por este rayo solar que la interroga con espanto. La pobre alma sorprendida, venida de lejos, sumerge a su alrededor una mirada medrosa, pero halla otra vez su perdido cielo en las vibrantes pupilas de su madre. Y e! niño duerme de nuevo profundamente.

El evangelista que relata esta escena, ve algo más todavía. Ve las fuerzas espirituales concentradas sobre este grupo en la profundidad del espacio y del tiempo, condensándose para él en un cuadro lleno de majestad y de dulzura.

Llegados del lejano Oriente, tres magos atraviesan el desierto y se encaminan hacia Belén. Detiéndose la estrella sobre el establo en que dormita Jesús niño. Entonces los reyes magos, llenos de júbilo, se postran ante el recién nacido para adorarlo y ofrendarle el homenaje de oro, incienso y mirra, símbolos de sabiduría, compasión y fuerza de voluntad,

¿Cuál es el significado de esta visión? Eran los magos discípulos de Zoroastro, considerándole como su rey. Llamábanse a sí mismos reyes, porque sabían leer en el cielo e influir en los hombres.

Una antigua tradición circulaba entre ellos: su Maestro debía reaparecer en el mundo bajo el nombre de Salvador (*Sosiosch*) y restablecer el reinado de Ormuz. Durante siglos los iniciados de Oriente sustentaron esta predicción de un Mesías,

Por fin se cumplió. E! evangelista que nos relata la escena, traduce, en

el lenguaje de los adeptos, que los Magos de Oriente dieron la bienvenida, en el infante de Belén, *a una reencarnación de Zoroastro*. Tales son las leyes de la evolución divina y de la psicología trascendente. Tal la filiación de las más elevadas individualidades. Tal el poder que teje, con las grandes almas, líneas inmensas sobre la trama de la historia. ¡E! mismo profeta que anunciara al mundo el Verbo solar bajo el nombre de Ahura-Mazda desde las cimas del monte Albordj y en las llanuras del Irán, debía renacer en Palestina para encarnarlo en todo su esplendor!

Por grande que sea un iniciado, se eclipsa su conciencia al encarnar bajo el velo de la carne. Se halla forzado a reconquistar su yo superior en su vida terrestre magnificándola con esfuerzos nuevos.

Protegió la niñez y la adolescencia de Jesús su familia, simple y piadosa. Su alma, replegada sobre sí misma, no halló trabas para su expansión como los silvanos lirios entre las hierbas altas de Galilea. Abría sobre el mundo su mirada clara, pero su vida interior permanecía herméticamente cerrada. No sabía aún quién era ni qué esperaba.

Pero, como se ilumina a veces el paisaje agreste con súbitas claridades, así se aclaraba su alma con visiones intermitentes.

"Un día, en las azules montañas de Galilea, extasiado entre los blancos lirios de corola violácea que crecen entre horbajos altísimos, de talla humana, vio llegar hasta él, desde el fondo de los espacios, una maravillosa estrella. Al aproximarse se convirtió en un gran sol, en cuyo centro sobresalía una figura humana, fulgurante e inmensa. Aunaba ella la majestad del Rey de Reyes con la dulzura de la Mujer Eterna, porque era Varón por fuera y Mujer por dentro".⁵

Y el adolescente, recostado entre el crecido césped, se sintió como suspendido en el espacio por la atracción de aquel astro. Al despertar de su sueño sintióse ligero como una pluma.

¿Qué era, pues, aquella prodigiosa visión que frecuentemente se le aparecía? Asemajábase a las descritas por los profetas, y sin embargo, era distinta. A nadie las comunicaba, pero sabía que contenían su anterior destino y su porvenir.

Jesús de Nazareth era de esos adolescentes que sólo se desenvuelven interiormente, sin que nadie lo perciba. La labor interna de su pensamiento se expande en un momento propicio a causa de una externa circunstancia y asombra y conmueve al mundo todo.

Describe Lucas esta fase de desenvolvimiento psíquico. José y María han perdido al niño Jesús que paseaba con ellos en los días de fiesta de Jerusalén y, siguiéndolo, lo hallan sentado en medio de los doctores del templo "escuchándolos y haciéndoles preguntas".

A la queja de los afligidos padres, responde: "¿Por qué me buscáis? ¿No sabéis que en los negocios de mi Padre me conviene estar?" Pero ellos no comprendieron a su hijo, añade el evangelista. Por tanto, aquel adolescente

penetrado de doble vida se hallaba "sujeto a sus padres y crecía en sabiduría y en edad y en gracia" (San Lucas II, 41-52).

III. PERMANENCIA DE JESÚS CON LOS ESENIOS.- EL BAUTISMO DEL JORDÁN Y LA ENCARNACIÓN DE CRISTO

¿Qué hizo Jesús de los trece a los treinta años?

Los Evangelios no dicen de ello una sola palabra. Existe ahí una intencionada laguna y un profundo misterio. Porque todo profeta, por grande que sea, necesita pasar por la Iniciación. Precisa desvelar su prístina alma para que se capacite de sus fuerzas y cumpla su nueva misión.

La esotérica tradición de los teósofos de la antigüedad y de nuestros tiempos están contestes al afirmar que sólo los esenios podían iniciar al Maestro Jesús, postrera cofradía en la que todavía subsistían las tradiciones del profetismo y que habitaba en aquel entonces las brillas del Mar Muerto.

Los esenios, de los que Filón de Alejandría ha revelado las costumbres y la doctrina secreta, eran sobre todo conocidos como terapeutas o sanadores mediante los poderes del Espíritu. *Asaya* quiere decir médico. Los esenios eran médicos del alma.

Los evangelistas guardaron absoluto silencio, tan profundo como el callado Mar Muerto, sobre la Iniciación del Maestro Jesús, porque así convenía a la humanidad profana. Sólo nos han revelado su último término en el Bautismo del Jordán.

Pero reconocida, por una parte, la individualidad trascendente del Maestro Jesús, idéntica a la del profeta del Ahura-Mazda, y por otra, que el Bautismo del Jordán oculta el formidable Misterio de la encarnación de Cristo, según manifiestan, por medio de interpretables símbolos, que planean sobre el relato evangélico, la ocultas Escrituras, podemos revivir, en sus fases esenciales, esta preparación al más extraordinario acontecimiento de la historia, de modalidad única.

En la desembocadura del Mar Muerto, el valle del Jordán ostenta el más impresionante espectáculo de Palestina. Nada se le puede comparar.

Descendiendo de las alturas estériles de Jerusalén, percíbese una extensión desolada recorrida por un soplo sagrado que sobrecoge el ánimo. Y, a la primera ojeada, se comprende que los grandes acontecimientos religiosos de la tierra hayan tenido lugar allí.

Una elevada franja de vaporoso azul llena el horizonte. Son las montañas de Moab, Sus cimas mondas se escalonan en domos y cúpulas.

Pero la grandiosa franja horizontal, perdida en polvaredas de bruma y de luz, domina su tumultuoso Océano, como domina al tiempo la eternidad.

Incomparablemente calva, distínguese la cumbre del monte Nebo, donde rindió Moisés su alma a Javé.

Entre los abruptos cimales de judá y la inmensa cordillera de Moab se extiende el valle del Jordán, árido desierto bordeado de praderas y de pomos arbóreos.

Enfrente se divisa el oasis de Jericó con sus palmeras y sus viñedos, altos como plátanos y el tapiz de césped que ondula en primavera salpicado por anémonas rojas. Corre el Jordán aquí y allá entre dunas y arenas blancas para perderse en el Mar Muerto. Y éste aparece como un triángulo azul entre los elevados promontorios de Moab y de Judá que se oprimen sobre él como para mejor cobijarlo.

En torno del lago maldito que recubre, según la bíblica tradición, Sodoma y Gomorra, engullidas por un abismo de fuego, reina un silencio de muerte. Sus aguas saladas y aceitosas, cargadas de asfalto, matan cuanto bañan. Ninguna vela lo surca, ningún pájaro lo cruza. Sobre los guijarros de sus playas áridas, no se encuentran más que pescado muerto o blancuzcos esqueletos de áloes y sicómosos.

Y sin embargo, la superficie de esta masa líquida, color lapislázuli, es un espejo mágico. Varía incesantemente de aspecto, como un camaleón. Siniestro y plomizo durante la tempestad, abre al sol el límpido azul de sus profundidades y refleja, en imágenes fantásticas, las colosales arquitecturas de los montes y el juego de las nubes. Y el lago de la muerte se convierte en el lago de las visiones apocalípticas.

Este valle del Jordán, tan fértil antaño, devastado en la actualidad, termina en la angostura del Mar Muerto como en un infierno sin salida. Semeja un lugar distante del mundo, lleno de espantables contrastes. Naturaleza volcánica, frenéticamente conmovida por las potestades productivas y destructivas.

El voluptuoso oasis de Jericó, regado por fuentes sulfurosas, parece ultrajar, con su soplo tibio, los convulsionados montes de demoníacas formas. Aquí mantenía el rey Herodes su harén y sus palacios suntuosos, mientras que a lo lejos, en las cavernas de Moab, tronaba la voz de los profetas. Las huellas de Jesús, impresas sobre aquel suelo, han acallado los últimos estertores de las urbes infames. Es un país marcado por el sello despótico del Espíritu. Todo allí es sublime: su tristeza, su inmensidad y su silencio. Expira la palabra humana porque no se ha hecho más que para la palabra de Dios.

Compréndese que los esenios eligieran por retiro el más lejano extremo del lago, al que llama la Biblia "Mar Solitario", En-Gaddi es una angosta terraza semicircular situada al pie de un acantilado de trescientos metros, sobre la costa occidental de la Asfáltida, junto a los montes de Judá,

En el primer siglo de nuestra era, veíanse las moradas de los terapeutas construidas con tierra seca. En una estrecha barranca cultivaban el sésamo, el trigo y la vid. La mayor parte de su existencia la pasaban entre la lectura y la meditación.

Allí fue iniciado Jesús en la tradición profética de Israel y en las concordantes de los magos de Babilonia y de Mermes sobre el Verbo Solar, Día y noche, el predestinado Esenio leía la historia de Moisés y los

profetas, pero sólo por medio de la meditación y de la iluminación interior acrecentadas en él, obtuvo conciencia de su misión.

Cuando leía las palabras del Génesis, resonaban en él como el armonioso tronar de los astros rodando en sus esferas. Y esta palabra creó las cosas, en cuadros inmensos: "—Elohim dice: ¡Hágase la Luz! Y la luz se hizo. —Elohim separa la Luz de las Tinieblas". Y veía Jesús nacer los mundos, el sol y los planetas.

Pero una noche, cuando frisaba ya en los treinta años, llenóle de asombro mientras dormía en su cueva la visión de Adonai, quien no se le había aparecido desde su infancia. . . Entonces, con la rapidez del rayo, recordó que mil años antes había sido ya su profeta. Bajo el torrente ígneo que le invadía, comprendió que él, Jesús de Nazareth, fue Zoroastro, bajo las cumbres del Albordj. Entre los arios, había sido el profeta de Ahura-Mazda.

¿Volvía a la tierra para afirmarlo de nuevo? júbilo, gloria, felicidad inaudita. . . ¡Vivía y respiraba en la misma Luz!..., ¿Qué nueva misión le encomendaba el temible Dios?

Siguieron semanas de embriaguez silenciosa y concentrada en las que revivía el Galileo su vida pasada. Luego, dibujó la visión como una nube en el abismo. Y parecióle entonces que abrazaba los siglos transcurridos desde su muerte con el ojo de Ormuz-Adonai. Esto causóle un dolor agudo. Como el lienzo tembloroso de un cuadro inmenso, descorrióse ante él la decadencia de la raza aria, del pueblo judío y de los países greco-latinos. Contempló sus vicios, sus dolores y sus crímenes. Vio la tierra abandonada de los Dioses. Porque la mayoría de los antiguos Dioses habían abandonado a la humanidad pervertida y el Insondable, el Dios-Padre, se hallaba demasiado lejos de la pobre conciencia humana.

Y el Hombre, pervertido, degenerado, moría sin conocer la sed de los Dioses ausentes. La Mujer, que necesitaba ver a Dios al través del Hombre, moría al carecer de Héroe, de Maestro, de Dios vivo. Se convertía en víctima o cortesana, como la sublime y trágica Mariana, hija de los Macabeos, que quiso con inmenso amor al tirano Herodes y no halló más que los celos, la desconfianza y el puñal asesino.

Y el Maestro Jesús, errando sobre los acantilados de En-Gaddi, oía la lejana pulsación rítmica del lago. Esta voz densa que se amplificaba repercutiendo en las anfractuosidades de las rocas, como vasto gemido de mil ecos, parecía entonces el grito de la marea humana elevándose hasta Adonai para reclamarle un profeta, Un Salvador, un Dios. . .

Y el antiguo Zoroastro, convertido en el humilde Esenio, también invocaba al Señor. ¿Descendería el Rey de los Arcángeles solares para dictarle su misión? Pero no descendía.

Y en vez de la visión esplendorosa, una negra cruz se le aparecía en la vigilia y el sueño. Interior y exteriormente, flotaba ante su presencia. Le

acompañaba en la playa, le seguía sobre los grandes acantilados, erguía en la noche como sombra gigantesca entre el Mar Muerto y el estrellado cielo.

Cuando interrogaba al impasible fantasma, una voz respondía desde el fondo de sí mismo:

—Has erigido tu cuerpo sobre el altar de Adonai, como áurea y marfileña lira. Ahora tu Dios te reclama para manifestarse a los hombres. ¡El té busca y te reclama! ¡No escaparás! ¡Ofrécete en holocausto! ¡Abraza la cruz!

Y Jesús temblaba de pies a cabeza.

En la misma época, murmullos insólitos pusieron en guardia a los solitarios de En-Gaddi. Dos esenios que volvían del Jordán anunciaron que Juan Bautista predicaba el arrepentimiento de los pecados a orillas del río, entre una turba inmensa. Anunciaba al Mesías diciendo: "Yo os bautizo con agua. Aquel que vendrá os bautizará con fuego", Y la agitación cundía en toda la Judea.

Una mañana, paseaba el Maestro Jesús por la playa de En-Gaddi con el centenario patriarca de los esenios. Dijo Jesús al jefe de la cofradía:

—Juan Bautista anuncia al Mesías. ¿Quién será?

Contempló el anciano durante largo rato al grave discípulo y dijo:

—¿Por qué lo preguntas si ya lo sabes?

—Quiero escucharlo de tus labios.

—Pues bien, ¡tú serás! Te hemos preparado durante diez años. La luz se ha hecho en tu alma, pero falta todavía la actuación de la voluntad. ¿Te hallas presto?

Por toda respuesta extendió Jesús los brazos en forma de cruz y bajó la cabeza. Entonces el viejo terapeuta se prosternó ante su discípulo y besó sus pies, que inundó con un torrente de lágrimas mientras decía:

—En ti, pues, descenderá el Salvador del mundo.

Sumergido en un terrible pensamiento, el Esenio consagrado al magno sacrificio, lo dejó hacer sin moverse. Cuando el centenario se levantó, dijo Jesús:

—Estoy presto.

Miráronse de nuevo. La misma luz e idéntica resolución brillaban en los húmedos ojos del maestro y en la ardorosa mirada del discípulo.

—Ve al Jordán —dijo el anciano— Juan te espera para el bautismo, ¡Ve en nombre de Adonai!

Y el Maestro Jesús partió acompañado de dos jóvenes esenios.

Juan Bautista, en quien quiso reconocer luego Cristo al profeta Elias, representaba entonces la postrera encarnación del antiguo profetismo espontáneo e impulsivo.

Rugía todavía en él uno de aquellos ascetas que anunciaran a los pueblos y a los reyes las venganzas del Eterno y el reinado de la justicia,

impelidos por el Espíritu,

Apretujábase en torno de él, como una ola, una multitud abigarrada compuesta de todos los elementos de la sociedad de entonces, atraída por su palabra poderosa. Había en ella fariseos hostiles, samaritanos entusiastas, peajeros cándidos, soldados de Heredes, barbudos pastores idumeos con sus rebaños de cabras, árabes con sus camellos y aun cortesanas griegas de Séforis, atraídas por la curiosidad, en suntuosas literas con su séquito de esclavas.

Acudían todos con sentimientos diversos para "escuchar la voz que repercutía en el desierto". Hacíase bautizar el que quería, pero no se consideraba esto un entretenimiento.

Bajo la palabra imperiosa, bajo la mano ruda del Bautista, se permanecía sumergido durante algunos segundos en las aguas del río, Y se salía purificado de toda mancha y como transfigurado. ¡Pero cuan duro el momento que transcurría! Durante la prolongada inmersión, se corría el riesgo de perecer ahogado. La mayor parte creían morir y perdían el conocimiento. Decíase que algunos habían perecido. Pero eso no había hecho más que interesar más al pueblo en la peligrosa ceremonia.

Aquel día la multitud, que acampaba en torno del recodo del Jordán, en donde predicaba y bautizaba Juan, se había revolucionado. Un maligno escriba de Jerusalén, instigado por los fariseos, habíala amotinado, diciendo al hombre vestido de piel de camello: "Un año hace que nos anuncias al Mesías que debe trastornar los poderes de la tierra y restablecer el reinado de David. ¿Cuándo vendrá? ¿Dónde está? ¿Quién es? ¡Muéstranos al Macabeo, al rey de los judíos! Somos muchos en número y armamentos. Si eres tú, dínoslo y guíanos al asalto de los maqueroes, al palacio de Herodes o a la Torre de Sión, ocupada por los romanos. Se dice que eres Elías. Pues bien, ¡conduce a la multitud!..."

Se lanzaron gritos, lucieron lanzas. Una amenazadora oleada de entusiasmo y de cólera impulsó a la muchedumbre hacia el profeta.

Ante esta revuelta, echóse Juan encima de los amotinados, con su barbuda faz de asceta y de león visionario, y gritó: " ¡Atrás, raza de chacales y de víboras! El rayo de Jehová os amenaza".

Y en la mañana de aquel día emanaron vapores sulfurosos del Mar Muerto. Una nube negra cubrió todo el valle del Jordán, envuelto en tinieblas. Un trueno retumbó a lo lejos.

A aquella voz del cielo que parecía responder a la voz del profeta, la turba, sobrecogida de supersticioso temor, retrocedió, dispersándose en el campamento. En un abrir y cerrar de ojos hízose el vacío en torno del irritado profeta, hasta quedar completamente solo junto a la profunda enseña donde finge el Jordán un broche entre enramadas de tamarindos, cañaverales y lentiscos.

Al cabo de un rato clareó el cielo en el cénit. Una leve bruma semejante

a difusa luz se extendió sobre el valle, ocultando las cumbres y dejando sólo al descubierto las faldas de las montañas que teñía con reflejos cobrizos.

Juan vio llegar a los tres esenios. A ninguno conocía, pero reconoció la orden a que pertenecían por sus blancas vestiduras.

El más joven de los tres se le dirigió diciendo:

—El patriarca de los esenios ruega a Juan el profeta que administre el bautismo a nuestro hermano elegido, al Nazareno Jesús, sobre cuya testa jamás ha pasado el hierro.

— ¡Que el Eterno lo bendiga! ¡Que penetre en la onda sacra! —dijo Juan sobrecogido de respeto ante la majestad del desconocido, de elevada talla, bello como un ángel y pálido como un muerto que avanzaba ante él, con los ojos bajos.

Sin embargo, no se daba cuenta aún el Bautista del sublime Misterio de que iba a ser oficiante.

Titubeó un instante el Maestro Jesús antes de penetrar en el estanque que formaba un leve remanso del Jordán. Luego se sumergió resueltamente en él y desapareció bajo sus ondas.

Tendía Juan su mano sobre el agua limosa murmurando las palabras sacramentales. En la orilla opuesta, presos de mortal angustia, los dos esenios permanecían inmóviles.

No se permitía ayudar al bautizado a salir del agua. Creíase que un efluvio del Divino Espíritu entraba en él por influjo de la mano del profeta y el agua del río. La mayoría salían reavivados de la prueba. Algunos murieron y otros enloquecían como posesos. A éstos se les llamaba endemoniados.

¿Por que' tardaba Jesús en salir del Jordán donde el siniestro remanso continuaba burbujeando en el lugar fatídico?

En aquel momento, en el silencio solemne, tenía lugar un acontecimiento de trascendencia incalculable para el mundo. Si bien lo presenciaron millares de invisibles testigos, sólo lo vieron cuatro sobre la tierra: ambos esenios, el Bautista y el mismo Jesús.

Tres mundos experimentaron como el surcar de un rayo proveniente del mundo espiritual, que atravesó la atmósfera astral y la terrena hasta repercutir en el físico mundo humano. Los terrestres actores de aquel drama cósmico fueron afectados en diversa forma, aunque con idéntica intensidad,

¿Qué pasó desde el primer momento en la conciencia del Maestro Jesús? Una sensación de ahogo bajo la inmersión, seguida de una convulsión terrible. El cuerpo etéreo se desprende violentamente de la envoltura física, Y durante algunos segundos, toda la vida pasada se arremolina en un caos. Luego un alivio inmenso y la oscuridad de la inconsciencia.

El Yo trascendente, el alma inmortal del Maestro Jesús, ha abandonado para siempre su cuerpo físico sumergida de nuevo en el aura solar que la aspira.

Pero, simultáneamente, por un movimiento inverso, el Genio solar, el Ser sublime que llamamos Cristo, se apodera del abandonado cuerpo y se posesiona de él hasta la médula, para animar con nueva llama esta lira humana preparada durante centenares de generaciones y por el holocausto de su profeta.

¿Fue este acontecimiento lo que hizo fulgurar el cielo azul con el resplandor de un rayo? Los dos esenios contemplaron, iluminado, todo el valle del Jordán. Y ante su lumbre cegadora, cerraron los ojos como si hubieran visto un esplendoroso Arcángel precipitarse en el río, la cabeza baja, dejando tras sí miríadas de espíritus, como un reguero de llamas.

El Bautista nada vio. Aguardaba, con profunda angustia, la reaparición del sumergido. Cuando por fin el bautizado salió del agua, un escalofrío sagrado recorrió el cuerpo de Juan, ponqué del Esenio parecía chorrear la luz, y la sombra que velaba su semblante habíase trocado en majestad serena. Un resplandor, una dulzura tal emanaba de su mirada que, en un instante, el hombre del desierto sintió que desaparecía toda la amargura de su vida.

Cuando, ayudado de sus discípulos, revistió otra vez el Maestro Jesús el manto de los esenios, hizo al profeta merced de su bendición y despedida. Entonces Juan, sobrecogido de súbito transporte, vio la inmensa aureola que flotaba en torno del cuerpo de Jesús, Luego, sobre su cabeza, milagrosa aparición, vio planear una paloma de incandescente luz semejante a fundido argento al salir del crisol.

Sabía Juan, por la tradición de los profetas, que la Paloma Yona simboliza, en el mundo astral, el Eterno-Femenino celeste, el Arcano del amor divino, fecundador y transformador de almas, al que llamarían los cristianos Espíritu Santo.

Simultáneamente oyó, por segunda vez en su vida, la Palabra primordial que resuena en los arcanos del ser y que lo había impulsado antaño hacia el desierto, como toque de trompeta. Ahora retumbaba como un tronar melodioso. Su significado era: "He aquí a mi Hijo bienamado: *hoy lo he engendrado*."⁶ Solamente entonces comprendió Juan que Jesús era el Mesías predestinado.

Vio cómo se alejaba, a pesar suyo. Seguido de sus dos discípulos, atravesó Jesús el campamento, donde pululaban, mezclados, camellos, asnos, literas de mujeres y rebaños de cabras, elegantes seforianas y rudos moabitas, dispersos entre abigarrado gentío.

Cuando hubo desaparecido Jesús, creyó ver aún el Bautista flotar en los aires la aureola sutil cuyos rayos se proyectaban en la lejanía. Entonces el profeta entristecido sentóse sobre un montículo de arena y ocultó su frente

entre las manos.

Advenía la noche, con sereno cielo. Enardecidos por la actitud humilde de Bautista, los soldados de Herodes y los peajeros conducidos por el emisario de la sinagoga, se acercaron al rudo predicador. Inclinado sobre él, el astuto escriba dijo con sarcasmo:

-Vamos a ver. ¿Cuándo nos vas a mostrar al Mesías?

Juan contempló severamente al escriba y sin levantarse contestó:

- ¡Insensatos! Acaba de pasar entre vosotros,.. ¡y no lo habéis reconocido!

- ¿Qué dices? ¿Es acaso ese Esenio el Mesías? Entonces, ¿por qué no le sigues?

-No me está permitido. Es preciso que él crezca mientras yo disminuya. Se acabó mi tarea. No predicaré más, .. ¡Id a Galilea!

Un soldado de Herodes, una especie de Goliat con semblante de verdugo que respetaba al Bautista y se complacía oyéndole, murmuró alejándose con piadosa ternura:

- ¡Pobre hombre! ¡Su Mesías lo ha puesto enfermo!

Pero el escriba de Jerusalén partió riéndose a grandes carcajadas gritando:

-¡Qué imbéciles sois! Se ha vuelto loco... ¡Os habréis convencido de que he obligado a callar a vuestro profeta!

Tal fue el descenso del Verbo Solar en el Maestro Jesús.

Hora solemne, capital momento de la Historia. Misteriosamente —y con qué inmenso amor— las divinas potestades actuaron desde lo alto durante milenios, para cobijar al Cristo y lograr que luciera para la humanidad al través de otros Dioses.

Vertiginosamente —y con qué frenético deseo— el océano humano alzóse desde sus profundidades como un torbellino valiéndose del pueblo judío para formar en su cima un cuerpo digno de recibir al Mesías.

Y por fin se cumplió el deseo de los ángeles, el sueño de los magos, el clamor de los profetas.

juntáronse ambas espirales. El torbellino del amor divino unióse al torbellino del dolor humano. Se formó la tromba.

Y, durante tres años, el Verbo Solar recorrerá la tierra al través de un cuerpo pleno de fortaleza y de gracia, para probar a todos los hombres que Dios existe, que la Inmortalidad no es una palabra vana y que los que aman, creen y esperan, pueden alcanzar el cielo al través de la muerte y de la Resurrección.

IV. RENOVACIÓN DE LOS MISTERIOS ANTIGUOS POR LA VENIDA DE CRISTO.-DE LA TENTACIÓN A LA TRANSFIGURACIÓN

Tratemos de definir la constitución del ser sublime, de naturaleza única, salido de! bautismo del Jordán.

El hijo de María, el Maestro Jesús, el Iniciado Esenio que cedió al Cristo su cuerpo físico, ofrecióle al propio tiempo sus cuerpos etéreo y astral. Triple envoltura admirablemente armonizada y evolucionada.

A través de ella, el Verbo Solar que habló astralmente a Zoroastro y en cuerpo etéreo a Moisés bajo la forma de Elohim, hablará a los hombres al través de un hombre de carne y hueso. Faltaba eso para animarlos y convencerlos. ¡Tal opacidad oponían a la luz del alma y tal sordera a la palabra del Espíritu!

Muchas veces, bajo diversas formas, se manifestaron los Dioses a los hombres desde el período atlante hasta los tiempos heroicos de Judea y de Grecia. Inspiraron a los rishis, iluminaron a los profetas, protegieron a los héroes.

Con el Cristo apareció por vez primera un Dios por completo encarnado en cuerpo de hombre. Y este fenómeno sin par en la Historia, se produjo en el céntrico instante de la evolución humana, es decir, en el punto inferior de su descenso en la materia.

¿Cómo remontará desde el oscuro abismo a las claras cumbres del Espíritu? Precisa para ello el formidable impulso de un Dios hecho hombre. Realizado el impulso, continuará la acción del Verbo sobre la humanidad por medio de su efluvio. Pero no será ya necesaria su encarnación.

De ahí el maravilloso organismo del ser que hubo por nombre Jesús-Cristo. Por sus sensaciones, se sumerge en la carne; por sus pensamientos se remonta a los Arquetipos. En cada soplo suyo respira la Divinidad. La totalidad de su conciencia es continua en esta palabra que tan a menudo acude a sus labios: "Mi padre y yo somos uno".

Pero al mismo tiempo se halla unido a los sufrimientos de la humanidad con invencible ternura, por el inmenso amor que le hizo aceptar libremente su misión.

Su alma es una llama viva que emana de la perpetua combustión de lo humano por lo divino. Con esto puede uno capacitarse del poderío irradiador de semejante ser.

Envolvía su aura humana una vasta aureola celeste que le permitía comunicar con todas las potestades espirituales. Su pensamiento no tropieza jamás en las escabrosas sendas del razonamiento, sino que brota con el fulgor del rayo de esta céntrica Verdad que lo abarca todo.

Atraídas por esta fuerza primordial, precipítanse las almas hacia El y

vibran y renacen bajo sus rayos. El objeto de su misión consiste en espiritualizar la tierra y el hombre, elevándolos a un estadio superior de evolución. El medio será a la vez moral e intelectual. Moral, por la expansión amorosa de este sentimiento de universal fraternidad que de El emana como de un manantial inagotable. Intelectual y espiritual por la puerta que conduce a todas las almas anhelosas de Verdad hacia los Misterios.

Así, en el transcurso de los tres años que duró su obra, inicia Cristo simultáneamente a su comunidad en la doctrina moral y a los apóstoles en los antiguos Misterios que El rejuvenece y renueva, perdurándolos.

Pero al contrario de lo que acaeciera en Persia, en Egipto, Judea y Grecia, esta Iniciación, reservada antaño a unos cuantos elegidos, se propaga a la luz del día mediante reuniones públicas, para que la humanidad entera participe de ella.

"La vida real de Jesús —dice Rodolfo Steiner— fue un acontecimiento histórico de lo que antes ocurría dentro de la Iniciación. Lo que hasta entonces permaneciera enterrado en el misterio del templo, debía por El recorrer la escena del mundo con incisivo realismo. La vida de Jesús es, pues, una pública confirmación de los Misterios".

La Tentación de Cristo

Aunque era Dios por esencia, debía Cristo atravesar por sí mismo la primera etapa de la evolución antes de comenzar su ministerio.

No le es posible al hombre ordinario adquirir la visión del mundo astral más que preparando su doble inferior que la oculta a su percepción. La tradición oculta lo llama *Guardián del Umbral* y lo simboliza la leyenda bajo la forma del Dragón. Es una astral condensación de todas las precedentes encarnaciones bajo un aspecto impresionante y terrorífico. No se puede disipar este fantasma que obstaculiza el paso al mundo espiritual más que extirpando del alma los últimos vestigios de las bajas pasiones.

Cristo, el puro Genio solar, no poseía doble inferior ni se hallaba sujeto al *Karma*. Limpio de toda mancha, no se había jamás separado de Dios. Pero la humanidad en medio de la que penetrara Cristo, poseía su *Guardián del Umbral*, es decir, la potestad cósmica que había impulsado su evolución precedente precipitándola en el cerco de la materia y merced a la cual había conquistado la conciencia individual.

Es la potestad que al presente oculta a la mayoría de los hombres el mundo del Espíritu. La Biblia lo llama Satán, que corresponde al Arimán persa. Arimán es la sombra de Lucifer, su proyección y su contraparte inferior en los bajos mundos, el Daimón, que ha perdido su divina conciencia, convertido en genio de las tinieblas, mientras Lucifer, a pesar de su caída, sigue siendo potencialmente el portaluz, actualizándose algún día.

He aquí por qué debía Cristo vencer a Arimán en el aura magnética de la tierra antes de dar principio a su misión. Ello justifica su ayuno de cuarenta días y las tres pruebas compiladas en tres imágenes en el Evangelio según Mateo.

El príncipe de este mundo somete sucesivamente a Cristo a la tentación de los sentidos (por medio del hambre), a la del temor (mostrándole el abismo en que intenta precipitarle), a la del poder absoluto (ofreciéndole todos los reinos de la tierra). Y por tres veces, reacciona Cristo en nombre de la palabra de Verdad que le habla y resuena en su interior como la armonía de las esferas.

Mediante esta invencible resistencia, vence a Arimán, que retrocede con sus innumerables legiones ante el Genio Solar.

Una brecha se ha abierto en la tenebrosa envoltura que recubre la tierra. Se ha abierto de nuevo el portal del alma humana. Cristo ya puede entrar.

En la educación que da Cristo a su comunidad, encontramos otra vez las cuatro etapas de la antigua Iniciación, formuladas por Pitágoras en la siguiente forma: 1a. Preparación o instrucción *irapaaxeirj*; 2a. Purificación *xawpaif*; 3a. *Epifanía o iluminación reXettoTíjf*; 4a. *Suprema Visión o síntesis e-nupotvía*.¹

Los dos primeros grados de esta Iniciación se destinaban al pueblo, es decir, a la totalidad, y se administraban juntas y simultáneamente. Los dos últimos se reservaban a los apóstoles y particularmente a tres de ellos, administrándoselos gradualmente, hasta el fin de su vida.

Esta renovación de los antiguos Misterios representa, en un aspecto, una vulgarización y una continuación y por otra parte predisponían y capacitaban para la videncia sintética por medio de una más elevada espiritualidad.

Primer grado: Preparación

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA Y EL REINO DE DIOS

Comienza la labor de Cristo por el idilio de Galilea y el anuncio del "Reino de Dios".

Esta predicación nos muestra su enseñanza popular y significa a un tiempo preparación para los más sublimes Misterios que gradualmente revelará a los apóstoles, es decir, a sus más allegados discípulos. Corresponde a la preparación moral en los antiguos Misterios.

Pero no nos hallamos ya en los templos ni en las criptas. La Iniciación galilea tiene por escenario el lago de Genezaret, de claras aguas, sustentadoras de peces múltiples. Los jardines y boscajes de sus orillas, sus montañas azules de matices violáceos, cuyas vastas ondulaciones cercan el lago como copa de oro, todo este paraíso embalsamado por plantas silvestres, forma el más rotundo contraste con el infernal paisaje del Mar Muerto.

Este cuadro, con la multitud ¡nocente y cándida que lo habita, era necesario al comienzo de la misión del Mesías. El Dios encarnado en el cuerpo de Jesús de Nazareth, sustenta un divino plan gestado durante siglos en líneas vastas como rayos solares.

Ahora que es hombre y cautivo de la tierra, el mundo de las apariencias y de las tinieblas, precisa buscar la aplicación de aquel plan, paso a paso, grado por grado, sobre su pedregosa senda.

Se hallaba bien parapetado para ello. Leía en las conciencias, atraía a los corazones. Con una mirada penetraba en las almas, leyendo en sus destinos. Cuando decía al pescador Pedro, mientras aparejaba sus jarcias sobre la playa: "Sígueme y te convertiré en pescador de hombres", Pedro se levanta y le sigue.

Cuando aparece, en el crepúsculo, con su blanco manto de esenio, con la peculiar aureola que le circundaba, Santiago y Juan le preguntan: "¿Quién eres?" y El responde sencillamente "Venid a mi Reino". Y ellos van.

Ya le sigue un cortejo de pescadores, de peajeros, de mujeres jóvenes y viejas, al través de pueblos, campos y sinagogas.

Y helo aquí predicando sobre la montaña, a la sombra de una grande higuera: ¿Qué dice? "Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán colmados. Bienaventurados los de corazón puro, porque verán a Dios".

Estas verdades impregnadas de la voz intensa y la mirada del Maestro, no se dirigen a la razón, sino al sentimiento puro. Penetran en las almas como célico rocío sustentando mundos. Contienen todo el misterio de la vida espiritual y la ley de las compensaciones que enlaza las vidas.

Los que reciben estas verdades, no miden su alcance, sino que penetran su sentido con el corazón, bebiéndolas como licor que embriaga. Y cuando el Maestro añade: "El Reino de los Cielos se halla dentro de vosotros", una flor de júbilo se abre en el corazón de las mujeres, como una rosa prodiga todo su perfume al impulso del viento.

La palabra de fraternidad por cuyo medio se suele definir la enseñanza moral de Cristo, es harto insuficiente para expresar su esencia.

Una de sus características es el *entusiasmo* que provoca y la *fe* que exige. "Con el Cristo algo insólito penetra en el humano yo, algo que le permite percibir, hasta las últimas profundidades de su alma, este mundo espiritual no percibido hasta entonces más que mediante los cuerpos etéreo y astral.

"Antes, tanto en la clarividencia espontánea como en los Misterios, había siempre parte de inconsciencia. El Decálogo de Moisés, por ejemplo, no habla más que al cuerpo astral y se presenta bajo la forma de *Ley*, no de *Vida*. La *Vida del Amor* no entra en la humanidad más que por medio de Cristo. También Buda aportó al mundo la doctrina del Amor y de la Piedad. Pero su misión consistía en inculcarla mediante el razonamiento.

"Cristo es el Amor en persona y trae con él el Amor.

"Su sola presencia lo actualiza potentemente, irresistiblemente como radiante sol.

"Existe una diferencia entre la comprensibilidad de un *pensamiento* y la *fuerza* que nos inunda como un torrente de vida. Cristo aportó al mundo la *Sustancia del Amor* y no solamente la *Sabiduría del Amor*, dándose, vertiéndose por entero en la humanidad".⁸

De ahí proviene la índole de *fe* que reclama Cristo a los suyos. La fe, en el sentido del Nuevo Testamento, como harto a menudo pretenden los llamados ortodoxos, no significa una adhesión y una sumisión ciega de la inteligencia a dogmas abstractos e inmutables, sino una convicción del alma y una plenitud de amor capaces de desbordar de un alma para verterse en otra. Es una perfección que se comunica. Cristo ha dicho: "No basta que deis a los que os pueden devolver. Los peajeros hacen lo mismo. Ofreced a aquellos que no pueden corresponderos". "El amor de Cristo es un amor desbordante y sumergente".⁹

Tal es la predicación de este "Celeste Reino" que reside en la vida interior y que a menudo compara el Divino Maestro a un grano de mostaza. Sembrado en tierra convertirá en erguida planta que a su vez producirá semillas a millares.

Este celeste reino que subyace en nosotros, contiene en germen todo los

demás. Ello basta a los sencillos, a los que Jesús dirá: "Bienaventurados los que no vieron y creyeron".

La vida interior contiene en sí la felicidad y la fuerza. Pero en el pensamiento Cristo no es más que la antesala de un más vasto reino de infinitas esferas: el reino de su Padre, el mundo divino cuya senda quiere abrir de nuevo a todos los hombres y dar la esplendorosa visión a sus elegidos.

Esperando, la ingente comunidad que rodea al Maestro se acrecienta y viaja con El, acompañándole de una orilla a otra del lago, bajo los naranjales del llano y los almendros de los alcores, entre los trigos maduros y los blancos lirios de violada corola que salpican las hierbas de las montañas.

Predica el Maestro el Reino de Dios a las multitudes desde una barca amarrada junto al puerto, en las diminutas sinagogas o bajo los grandes sicómoros del camino.

La turba le llama ya el Mesías aun sin comprender el alcance de este nombre e ignorando hacia dónde los conducirá. Pero El está allí y esto les basta.

Tan sólo las mujeres presienten quizá su naturaleza sobrehumana y, adorándolo con amor lleno de ímpetus y turbaciones, alfombran su camino con flores. El mismo gozaba en silencio, a manera de un Dios, de esta terrestre primavera de su Reino.

Humanízase su divinidad y se enternece frente a todas aquellas almas palpitantes que esperan de El la salvación, mientras va desentrañando sus entremezclados destinos, adivinando su porvenir. Sentía el gozo de esta floración de las almas como el callado esposo de las bodas de Cana gozaba de la esposa silente y perfumada en medio de su séquito de paraninfos.

Según los Evangelios, un dramático episodio proyecta su sombra en las ondas solares que cabrillean sobre esta primavera galilea. ¿Es el primer asalto de las fuerzas hostiles que actúan contra Cristo desde lo invisible?

Cuando cierto día atravesaban el lago, desencadenóse una de las terribles borrascas tan frecuentes en el mar de Tiberíades. Dormía Jesús en la popa. ¿Hundiríase la bamboleante nave? Despertaron al Maestro, quien con los brazos tendidos calmó las olas mientras el esquife, con viento propicio, hendía el hospitalario puerto.

He aquí al menos lo que nos relata Mateo. ¿Qué se opone a su veracidad?

El Arcángel solar, en directa comunicación con las potestades que gobiernan la terrena atmósfera, pudo muy bien proyectar su voluntad, como mágico círculo, en el torbellino de Eolo. Pudo trocar en azul el oscuro cielo y crear por un instante durante la tormenta *el ojo de la tempestad* con el corazón de un Dios.

¿Realidad o símbolo? En ambos casos, verdad sublime. Dormía Cristo

en la pesquera barca en el seno de las olas irritadas. ¡Que soberbia imagen de la paz del alma consciente de su divina patria en medio de los rugientes elementos y de las pasiones desencadenadas!

Segundo grado de la Iniciación: Purificación

CURACIONES MILAGROSAS. -LA TERAPÉUTICA CRISTIANA

En todos los Misterios antiguos sucedía a la preparación moral e intelectual una purificación del alma encaminada a desenvolver nuevos órganos que capacitaban, por consiguiente, para *ver* el divino mundo.

Era en esencia una purificación de los cuerpos astral y etéreo. Con el Cristo, repetimos, descendió la Divinidad, atravesando los planos etéreo y astral hasta llegar al físico. Por tanto, su influencia se ejercía aun sobre el cuerpo físico de sus fieles, al través de los otros dos, transformando de esta manera todo su ser, desde lo más bajo a lo más alto. Su influjo, atravesando las tres esferas de vida, borboteará en la sangre de sus venas alcanzando las cumbres del alma.

Porque Cristo es a la vez médico del cuerpo y del alma. De ahí esta nueva terapéutica de inmediatos efectos, deslumbrantes y trascendentes. Magnífico ejemplo jamás igualado sobre cuyas huellas andarán los creyentes del Espíritu.

El esotérico concepto del milagro no se fundamenta en un truncamiento o en una tergiversación de las leyes de la naturaleza, sino en una acumulación de fuerzas dispersas en el Universo sobre un punto dado y en una aceleración del proceso vital de los seres. Antes que los realizara Cristo, milagros análogos se habían operado ya en los santuarios de Asia, Egipto y Grecia, en el de Esculapio en Epidauró, entre otros, como atestiguan inscripciones múltiples.

Sin embargo, los milagros de Cristo se caracterizan por su intensidad y moral trascendencia. Paralíticos, leprosos, endemoniados o ciegos, sienten los enfermos, una vez curados, transformada el alma. Restablécese el equilibrio de las fuerzas en su cuerpo por el fluido del Maestro, pero simultáneamente les ha otorgado su divina belleza el rayo de la esperanza y su amor la lumbre de la fe. Su contacto con Cristo repercutirá en todas sus existencias futuras. .

Lo justifica la cura del paralítico. Treinta años estuvo esperando junto al estanque de Betesda sin lograr sanar. Díjole simplemente Cristo: "Levántate y anda". Y se levantó. Después le dijo al enfermo curado: "Ve y no peques más".

"Amor transformado en acción, he aquí el don de Cristo. Lo reconoció Lucas como médico del cuerpo y del alma, porque también ejerció él la medicina practicando el arte de sanar por medio del Espíritu. Por ello pudo comprender la terapéutica de Jesús. Al través de Lucas aparecen las

elevadas enseñanzas del Budismo como rejuvenecidas por un manantial de Juventud".¹⁰

Tercer grado de la Iniciación: Iluminación

LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

Se admite generalmente, en nuestros días, la opinión de que Jesús trajo únicamente el Reino de Dios para los sencillos, ofreciendo a todos una enseñanza única, acabando con ello todo Misterio.

Nuestra época, que ha creído encontrar ingenuamente una nueva religión en la democracia, ha intentado circunscribir al más grande de los hijos de Dios a este ideal mezquino y grotesco, consistente en el derrumbamiento de los elegidos, de los que sobrepujan la generalidad. El más ¡lustre de sus biógrafos, ¿no se ha creído en el deber de dar a Jesús, no lejos de nuestros días, el más absurdo de los epítetos llamándolo "amable demócrata"?

Ciertamente intentó Jesús facilitar la verdadera senda a todas las almas de buena voluntad, pero sabía también que era necesario dosificar la verdad según el grado de las inteligencias. El buen sentido por sí solo excusa la creencia de que un espíritu de tal profundidad desconociera la ley de la jerarquía que rige el universo, la naturaleza y los hombres. Los cuatro Evangelios refutan la opinión de que la doctrina de Cristo carece de grados y de misterios.

Solicitando los apóstoles a Jesús por que' habla al pueblo por medio de parábolas, responde: "Porque a vosotros os es dado conocer los *Misterios del Reino de los Cielos*. Pero a ellos no les es dado. Porque al que ya posea, más se le dará. Pero al que de todo carezca se le despojara de lo dado" (Mateo XIII, 10 y 11). Significa esto que *la verdad consciente*, es decir, *cristalizada por medio del pensamiento* no se destruye, y se convierte en centro de atracción para las nuevas verdades, mientras que la *verdad flotante e instintiva* se esteriliza y desperdicia bajo la multiplicidad de impresiones. Cristo tuvo su doctrina secreta, reservada a los apóstoles, a la que llamaba "Misterios del Reino de los Cielos".

Pero, hay más todavía. Contempla de cerca la jerarquía, se acentúa y escalona conforme a los cuatro grados de la Iniciación clásica. 1° En primer lugar *el pueblo*, al que otorga la enseñanza moral bajo la forma de símiles y parábolas. 2° Siguen luego los *setenta* que recibieron la interpretación de aquellas parábolas. 3° Luego los *doce apóstoles* iniciados en los "Misterios del Reino de los Cielos". 4° Y entre ellos los tres elegidos: Pedro, Santiago y Juan, iniciados en los más profundos Misterios del mismo Cristo, los únicos que presenciaron la Transfiguración. Y aún es necesario añadir a todo eso que, entre estos últimos, Juan era el único *epopto* verdadero según los Misterios elusivos y pitagóricos, es decir, *un vidente con la comprensión de cuanto ve*.

Y en efecto, el Evangelio de Juan revela, desde el principio al fin, la

índole de la más elevada Iniciación. La Palabra creadora, "la Palabra que fue con Dios en el principio y *que es Dios mismo*" vibra allí desde los primeros versículos como la armonía de las esferas, eterna moldeadora de los mundos.

Pero al lado de esta metafísica de Padre, Hijo y Espíritu Santo, que es a manera del *leit motiv* de todo el Evangelio, en el que se ha señalado precisamente la influencia alejandrina en lo que concierne a la forma que envuelve las ideas, hallamos en el Evangelio de Juan una familiaridad y un realismo emocionante, incisivos y sugerentes detalles que manifiestan una especial intimidad entre Maestro y discípulo. Percíbese esta característica en todo el relato de la Pasión y más particularmente en todas las escenas de Betania, de las que la más importante es la resurrección de Lázaro.

Lázaro, al que Juan designa simplemente como hermano de Marta y de María de Betania, es el más singular y enigmático de todos los personajes evangélicos. Sólo Juan lo menciona; los sinópticos lo desconocen. No aparece más que en la escena de la resurrección. Operado el milagro, desaparece como por escotillón. Y sin embargo, integra el grupo más inmediato a Jesús, entre los que le acompañan hasta la tumba.

Y ello sugiere una doble e involuntaria pregunta: ¿Quién es esta vaga individualidad de Lázaro que atraviesa como un fantasma entre los demás personajes tan definida y vivamente dibujados en el relato evangélico? ¿Qué significa por otra parte su resurrección?

Según la conocida tradición, Cristo no tuvo otra idea, al resucitar a Lázaro, que demostrar a los judíos que Él era el Mesías. No obstante, este hecho relega a Cristo al nivel de un taumaturgo vulgar, la crítica moderna, siempre presta a negar rotundamente cuanto le estorba, zanja la cuestión declarando que aquel milagro es, como todos los demás, fruto de la imaginación popular, que equivale a decir, según otros, que toda la historia de Jesús no es otra cosa que una leyenda fabricada a deshora y que Cristo no existió nunca.

Añadamos a ello que la idea de la resurrección es el meollo del pensamiento cristiano y el fundamento de su impulso. Precisa justificar esta idea según las leyes universales, tratando de comprenderla e interpretarla. Suprimirla pura y simplemente, significaría despojar al cristianismo de su lumbre y de su fuerza. Sin alma inmortal, carece de palanca.

La tradición rosicruciana nos proporciona, respecto a este turbador enigma, una solución tan osada como luminosa.¹¹ Porque simultáneamente hace salir a Lázaro de su penumbra revelando al propio tiempo el carácter esotérico, la verdad trascendente de su resurrección.

Para cuantos desgarraron el velo de las apariencias, Lázaro no es más que Juan, el apóstol. Si no lo ha confesado, debido es a una especie de delicado pudor y por la admirable modestia que caracteriza a los discípulos

de Jesús. El deseo de no sobrepasar a sus propios hermanos, le privó de revelar a través de su mismo nombre, el mayor acontecimiento de su vida, que le convirtió en un Iniciado de primer orden. Ello justifica el antifaz de Lázaro con que se encubre en aquella circunstancia el apóstol Juan.

Por lo que a su resurrección se refiere, toma por este mismo hecho un carácter nuevo y se nos revela como la fase capital de la antigua Iniciación correspondiente al tercer grado.

En Egipto, después de hallarse sometido el Iniciado a prolongadas pruebas, lo sumía él hierofante en letárgico sueño, permaneciendo durante tres días yacente en un sarcófago, en el interior del templo.

Durante este período el yerto cuerpo físico denotaba todas las apariencias de la muerte, mientras el cuerpo astral, por completo liberado, se expandía libremente en el Cosmos. Desprendíase asimismo el cuerpo etéreo, asiento de la memoria y de la vida a semejanza del astral, aunque sin abandonarlo completamente, porque ello implicaría la inmediata muerte.

Al despertar del estado cataléptico provocado por el hierofante, el individuo que salía del sarcófago ya no era el mismo. Su alma viajó por el otro mundo y lo recordaba. Se había convertido en un verdadero Iniciado, en un engranaje de la mágica cadena "asociándose según una antigua inscripción al ejército de los grandes Dioses".

Cristo, cuya misión consistió en divulgar los Misterios a los ojos del mundo, engrandeciendo sus umbrales, quiso que su discípulo favorito trascendiera la suprema crisis que libra al directo conocimiento de la Verdad. Todo en el texto evangélico conspira para predisponerle al acontecimiento.

María envía desde Betania un mensajero a Jesús, que predica en Galilea, quien le transmite: "Señor, se halla enfermo *Aquel a quien tú amas*". (¿No designa claramente la frase al apóstol Juan, *el discípulo amado de Jesús!*)

Pero en lugar de acudir Jesús al llamamiento, aguarda dos días diciendo a sus discípulos:

"No conduce esta enfermedad a la muerte, sino a la divina gloria, para que el Hijo de Dios sea glorificado... *Nuestro amigo Lázaro duerme ;pero yo le despertaré*".

Así sabía Jesús con antelación cuanto iba a ejecutar. Y llega al preciso momento para realizar el fenómeno previsto y preparado. Cuando en presencia de las hermanas desconsoladas y de los judíos que acudieran frente a la tumba tallada en la roca, retírase la piedra que ocultaba al durmiente en letárgico sueño, que creían muerto, exclama el Maestro: "¡Levántate Lázaro!"

Y aquel que se yergue ante la multitud asombrada no es el legendario Lázaro, pálido fantasma que ostenta todavía la sombra del sepulcro, sino un

hombre transfigurado, de radiosa frente. Es el apóstol Juan... y ya los fulgores de Patmos llamean en sus ojos porque ha contemplado la divina lumbré. Durante su sueño, ha vivido en lo Eterno. Y el pretendido sudario ha devenido el manto de lino del Iniciado. Ahora comprende el significado de las palabras del Maestro: "Yo soy la resurrección y la vida".

El Verbo creador: " ¡Levántate Lázaro!" ha vibrado hasta la médula de sus huesos y lo ha convertido en un resucitado del cuerpo y del alma. Juan comprende ahora por qué es el discípulo más amado; porque sólo él le comprende en verdad.

Pedro continuará siendo el hombre del pueblo, el creyente impetuoso y cándido que desmayó en los últimos instantes. Juan será el Iniciado y el vidente que acompañará al Maestro al pie de la cruz, en la oscuridad de la tumba y en el esplendor del Padre.

Cuarto grado iniciático: — Visión Suprema

LA TRANSFIGURACIÓN

Epifanía o Visión suprema significa, en la Iniciación pitagórica, la visión conjuntiva a la que debe seguir la espiritual contemplación.

En la íntima comprensión y la asimilación profunda de las cosas en espíritu contempladas. La Videncia conduce a una concepción *sintética del Cosmos*. Es la coronación iniciática. A tal fase corresponde, en la educación dada por Cristo a los apóstoles, el fenómeno de *la Transfiguración*.

Recordemos las circunstancias en las que tiene lugar tal acontecimiento.

Palidecía la primaveral aurora del idilio galileo. Todo en torno de Cristo se ensombrecía. Sus mortales enemigos, fariseos y saduceos, acechaban su retorno a Jerusalén para prenderle y entregarlo a la justicia.

En las fieles ciudades de Galilea, las defecciones se producían en masa bajo las calumnias de la gran Sinagoga acusando a Jesús de blasfemia y sacrilegio.

Y a no tardar, Cristo, disponiéndose a su postrer viaje, se despedía tristemente desde un elevado promontorio de sus ciudades queridas y su lago bienamado. " ¡Maldición a ti Cafar-naum; a ti, Corazín; y a ti, Betsaida! " Iracundos saltos obscurecían cada vez más a su aureola de Arcángel Solar.

La noticia de la muerte de Juan Bautista, decapitado por Heredes Antipas, advirtió a Jesús que se acercaba su hora. Conocía su destino y no retrocedería ante él. Pero una pregunta le asaltaba: "¿Han comprendido mis discípulos mi Verbo y su misión en el mundo?" La mayor parte, impregnados del pensamiento judío, imaginaban al Mesías como dominador de los pueblos por medio de las armas. No hallándose todavía lo suficientemente preparados para comprender la tarea que asumía el Cristo en la historia, Jesús quiso preparar a sus tres elegidos. El relato de Mateo es, en lo que a ello se refiere, especialmente significativo y de singular relieve.

Seis días después, llamó Jesús a Pedro, Santiago y Juan, su hermano, y les condujo lejos, a la cima de una montaña. Y ante ellos se transfiguró.

Resplandecía como el sol su semblante y lucieron como la misma luz sus vestiduras, al tiempo que aparecían Moisés y Elías, quienes permanecieron un rato en su presencia. Entonces Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús: "Señor, bueno será permanecer aquí. Hagamos, si tu quieres, tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y la última para Elías". Mientras continuaba hablando, una nube resplandeciente los envolvió. Y súbitamente una voz salió de la nube aquella, diciendo: "He aquí a mi Hijo bienamado en quien he puesto todo mi afecto. ¡Escuchadle!" Al oír esta

palabras cayeron los discípulos de bruces al suelo, presos de gran pavor.

Pero Jesús se les aproximó hasta tocarles y dijo: " ¡Levantaos! Desechad el miedo de una vez". Entonces levantaron los ojos y sólo vieron a Jesús (Mateo XVII, 1-8). En su lienzo sobre la *Transfiguración*, Rafael ha interpretado maravillosamente, con su genio angélico y platónico, el trascendente sentido de esta visión. Los tres mundos, *físico* o terrestre, *ánimico* o astral y *divino* o espiritual que domina y compenetra los demás con su radiación, clasificados y diferenciados en tres grupos, constituyen las tres subdivisiones del cuadro.

En la parte inferior, en la base de la montaña, percíbese a los apóstoles no iniciados y a la multitud que razona y disputa entre sí sobre los acontecimientos de un milagro. Esos no ven a Cristo. Solamente entre la turba el poseído percibe la visión y lanza un grito. En cuanto a los demás, no tienen abiertos aún los ojos del alma.

En la cumbre de la montaña, Pedro, Santiago y Juan, duermen profundamente. No poseen todavía la capacidad para la videncia espiritual en el estado de vigilia. Cristo, que aparece levitado de la tierra entre fulgurantes nubes en medio de Moisés y Elías, representa la aparición de los tres elegidos. Contemplando y comprendiendo esta visión, los tres apóstoles iniciados tienen ante sí, en estos tres símiles, resumida toda la evolución divina.

Porque Moisés, el profeta del Sinaí, el formidable condensador del *Génesis*, representa la historia de la tierra desde el origen del mundo. Simboliza todo el pasado. Elías encarna a Israel y a todos sus profetas, anunciadores del Mesías, simbolizando el presente.

Cristo es la encarnación radiosa y transparente del Verbo Solar, el Verbo creador que sostiene nuestro mundo desde sus orígenes y que habla ahora a través de un hombre, y simboliza el porvenir.¹²

La voz que perciben los apóstoles, es la universal Palabra del Padre, del Espíritu puro de donde emanan los Verbos, semejante a la música de las esferas que recorre los mundos regulando sus ritmos, percibida sólo de los clarividentes. En aquella hora única y solemne, se traduce en lenguaje humano para los apóstoles.

Así la visión del Tabor sintetiza en un lienzo, con magna simplicidad, toda la evolución humana y divina. *La Transfiguración* fue el comienzo de una nueva modalidad del éxtasis y de la visión espiritual profunda

V. RENOVACIÓN DE LOS MISTERIOS.- PASION, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE CRISTO

Rientes y soleados fueron los tres años del ministerio de Jesús.

La vida errante a orillas del lago a través de los campos compártese con las más graves enseñanzas. La terapéutica del cuerpo y del alma alternan con los ejercicios de la superior videncia. A veces, diríase que asciende vertiginosamente el Maestro para elevar a los suyos a su propia espiritual altura. A medida que se eleva, la inmensa mayoría le abandona en el camino. Sólo tres le acompañan hasta la cima, donde caen postrados como bajo los rayos de la revelación.

Tal es la radiosa manifestación, de hermosura y fuerza crecientes, de Cristo a través del maestro Jesús. Luego, bruscamente, precipítase el Dios desde esta gloriosa cumbre hasta el abismo de ignominia. Voluntariamente, ante los ojos de sus mismos discípulos, déjase prender por sus enemigos, entregándose sin resistencia a los peores ultrajes, al suplicio y a la muerte. ¿Por qué esta honda caída?

Platón, este prodigioso y modesto iniciado que establece un lazo de transición entre el genio helénico y el cristianismo, ha dicho en cierto lugar que "crucifícase el alma del mundo sobre la trama del universo en todas las criaturas y aguarda su liberación". Raro concepto en donde el autor del *Timeo* parece presentir la misión de Cristo en su aspecto más íntimo y trascendente. Porque esta palabra contiene a la vez el enigma de la evolución planetaria y su solución por el Misterio de la cruz. Después del largo encadenamiento del alma humana en los lazos de la materia, no falta más que el sacrificio de un Dios para librarla y mostrarle la senda del Espíritu.

Dicho en otra forma: para cumplir su misión después de haber iniciado Cristo a sus discípulos, debía, para completar su educación, atravesar una iniciación personal. El Dios debía descender hasta lo más hondo del dolor y de la muerte para identificarse con el corazón y la sangre de la humanidad, imprimiendo a la tierra renovado impulso.

El poderío espiritual se halla en razón directa con los dones del alma. He aquí por qué dándose a la humanidad, penetrando en humano cuerpo y aceptando el martirio, significó para el mismo Cristo una superación.

Y aparecen los nuevos Misterios, con carácter único como jamás se vieron y como indudablemente no se verán jamás en el transcurso de las futuras evoluciones terrestres, sujetas a metamorfosis múltiples. Porque se inició en estos Misterios a un Dios, Arcángel Solar, actuando de hierofante el Padre, el Espíritu puro.

Del Cristo resucitado sale el Salvador de la humanidad. Dé lo que

resulta, para el hombre, una considerable expansión de su zona de percepción espiritual y, por consecuencia, una incalculable amplitud de sus destinos físico y celeste.

Más de un año hacía que acechaban los fariseos a Jesús. Pero éste no quiso entregarse hasta llegada su hora. ¡Cuántas veces discutiera con ellos en el umbral de las sinagogas y bajo los grandes pórticos del templo de Jerusalén, donde paseaban, con suntuosos vestidos, los más altos dignatarios del religioso poder! ¡Cuántas veces los redujo al silencio con su inapelable dialéctica, oponiendo a sus ardides más sutiles lazos! ¡Y cuántas veces también les atemoriza con sus palabras que parecían descendidas del cielo, como el rayo: "En tres días derribaré el templo y en tres días lo reconstruiré"!

Harto a menudo retábales de frente y algunos de sus epítetos clavábanse en sus carnes como harpones: "¡Hipócritas! ¡Raza de víboras! ¡Sepulcros blanqueados!" Y cuando, furiosos, intentaron prenderle en el mismo templo, Jesús, ante varias tentativas, apeló al mismo medio que empleara más tarde Apolonio de Tyana, ante el tribunal del emperador Domiciano. Rodeóse de invisible velo y desapareció a sus ojos. "Y pasó entre ellos sin ser visto", dicen los Evangelios.

Sin embargo, todo se hallaba preparado en la gran Sinagoga para juzgar al peligroso profeta que amenazó destruir el templo y que se llamaba el Mesías. Desde el punto de vista de la ley judía, ambas ofensas eran suficientes para condenarle a muerte. Caifas dijo en pleno san-hedrín: "Precisa que un solo hombre perezca para todo el pueblo de Israel". Y cuando el cielo habla por boca del infierno, la catástrofe es inminente.

En fin, la conjunción de los astros bajo el signo de la Virgen, señaló la fatídica hora en el cuadrante del cielo como en el cuadrante de la historia y proyectó su negro dardo en el alma solar de Cristo.

Reúne a sus apóstoles en el retirado paraje de costumbre, una cueva del Monte de los Olivos, y les anuncia su muerte próxima. Consternados, no lo comprenden ni lo comprenderán hasta más tarde. Es día de Pascua. Dispone Jesús el ágape de despedida en una morada de Jerusalén.

Y he aquí a los doce apóstoles sentados en la sala abovedada, próxima la noche. Sobre la mesa, humea el cordero pascual que para los judíos conmemora la huida del Egipto que será el símbolo de la suprema víctima.

Al través de las ventanas arcadas, dibújase la obscura silueta de la ciudadela de David, la centellante techumbre de oro del templo de Herodes, la siniestra fortaleza Antonia, donde impera la lanza romana, bajo la pálida lumbrera del crepúsculo.

Hay un depresivo silencio en el ambiente, una atmósfera aplastante y rojiza. Juan, que ve y presiente más que los otros, pregúntase por qué, en la oscuridad creciente, aparece en torno de la cabeza de Cristo un halo suave de donde emergen rayos furtivos que pronto se apagan, como si la

hondura del alma de Jesús temblara y se estremeciera ante su resolución postrera.

Y calladamente el discípulo amado inclina su cabeza sobre el corazón del Maestro.

Por fin rompe éste el silencio: "En verdad os digo que uno de vosotros me traicionará esta noche". Como grave murmullo, recorren la palabra los doce, semejante a la alarma de naufragio en una nave en peligro.

"¿Quién? ¿Quién?" Y Jesús señalando a Judas que oprime su bolsa, convulsivamente añade sin cólera: "Ve y haz lo que debes". Y viéndose descubierto, sale el traidor con reconcentrada ira.

Entonces Jesús, partiendo el pan y presentando la copa, pronuncia solemnemente las palabras que consagran su misión y que repercuten al través de los siglos: "Tomad... éste es mi cuerpo. Bebed... ésta es mi sangre". Los apóstoles, sobrecogidos, comprenden menos todavía. Sólo Cristo sabe que en aquel momento ejecuta el supremo acto de su vida.

Por medio de sus palabras, inscritas en lo Invisible, se ofrece a la humanidad, se sacrifica con antelación. Momentos antes, el Hijo de Dios, el Verbo, más libre que todos los Elohim, hubiera podido retroceder rehusando el sangriento holocausto.

Ahora ya no puede. Las potestades han recibido su juramento. Y, como una aureola inmensa, sienten los Elohim que asciende hacia ellos la divina contraparte de Jesús-Cristo, su alma solar con todos sus poderes. Y la retiene en su círculo atento, fulgurante prenda de divino sacrificio que no devolverán hasta después de su muerte. Sobre la tierra no permanece más que el Hijo del Hombre, víctima que avanza hacia el suplicio.

Pero sólo El reconoce también el significado de "el cuerpo y la sangre de Cristo". Remotamente, ofrecieron los Tronos su cuerpo para la creación de la nebulosa. Soplaron los Arqueos¹³ y en la saturniana noche apareció el sol. Dieron los Arcángeles su alma de fuego para crear a los Ángeles, prototipos del Hombre.

Y por último, daría Cristo su cuerpo para salvar a la humanidad. De su sangre debía surgir la fraternidad humana, la regeneración de la especie, la resurrección del alma...

Y mientras ofrece a sus discípulos el cáliz donde rojea el áspero vino judío... piensa de nuevo Jesús en su visión celeste, su sueño cósmico anterior a su encarnación, cuando respiraba todavía en la zona solar, cuando le ofrecieron los doce grandes profetas a El, el decimotercio, el amargo cáliz... que aceptó.

Pero los apóstoles, excepto Juan, que percibe lo inefable, no pueden comprender. Presienten que algo terrible se acerca y tiemblan y palidecen. La incertidumbre, la duda, madre del pavor cobarde, les sobrecoge.

Cuando Cristo se levanta y dice: "Vayamos a orar a Getsemaní", los discípulos le siguen dos a dos. Y el triste cortejo sale por la profunda

poterna de la puerta de oro, desciende por el siniestro valle de Hinnom, cementerio judío y el valle de la Sombra Mortal. Traspasan el puente de Cedrón y ocúltanse en la cueva del Monte de los Olivos.

Los apóstoles permanecen mudos, impotentes, aterrados. Bajo los viejos árboles del monte, de retorcidos gestos, de follaje espeso, el círculo infernal se estrecha sobre el Hijo del Hombre para oprimirle con su mortal argolla.

Duermen los apóstoles. Ora Jesús y su frente se cubre con un sudor de sangre. Era necesario que sufriera la angustia sofocante, que bebiera hasta las heces el cáliz, que saboreara la amargura del abandono y de la desesperación humana.

Por fin, lucieron armas y antorchas bajo los árboles. Y aparece Judas con los soldados y, acercándose a Jesús, le da el beso de traición que le designa a los guerreros mercenarios.

Hay en verdad una dulzura infinita en la respuesta de Cristo: "Amigo mío, ¿a qué viniste?" Aplastante dulzura que arrastrará al traidor hasta el suicidio, a pesar de la negrura de su alma.

Transcurrido este acto de amor perfecto, Jesús permanecerá impassible hasta el fin. Se hallaba acorazado contra todas las torturas.

Helo aquí ante el sumo sacerdote Caifas, tipo del saduceo empedernido y del orgullo sacerdotal falto de fe.

Se confiesa Jesús el Mesías y desgarrar el pontífice sus vestiduras condenándole con ello a muerte. Pilatos, pretor de Roma, intenta salvar al Galileo creyéndole un inofensivo visionario, porque este pretendido "rey de los judíos" que se llama "hijo de Dios", añade que "su reino no es de este mundo".

Pero los sacerdotes judíos, evocando la sombra celosa de César y la turba aullando: "Crucifícale", deciden al procónsul, después de lavarse las manos por tal crimen, a entregar al Mesías en manos de los brutales legionarios romanos. Y le revisten con manto de púrpura, ciñen su frente con corona de espinas y colocan una caña en sus manos como irrisorio cetro. Llueven sobre él golpes e insultos. Evidenciando su desprecio hacia los judíos, exclama Pilatos: "He aquí a vuestro rey". Y añade con amarga ironía: *¡Ecce Homo!* como si toda la abyección y la miseria humana se condensaran en el profeta flagelado,

La claudicante antigüedad y aun los mismos estoicos no comprendieron mejor que Pilatos al Cristo de la Pasión. No vieron más que el exterior depresivo, su aparente inercia que les soliviantaba de indignación...

Sin embargo, todos los acontecimientos de la vida de Jesús poseen a la vez que una trascendencia simbólica, una significación mística que influye en la humanidad futura. Los pasos de la Cruz, evocados en astrales imágenes por los santos de la Edad Media, se convirtieron para ellos en instrumentos de iniciación y perfeccionamiento. Los hermanos de San

Juan y los templarios, los cruzados que concibieron la conquista de Jerusalén para alzarla a capital del mundo, los misterios rosacruces del XIV siglo, que prepararon la reconciliación de la ciencia con la fe, del Oriente con el Occidente por medio de una magna sabiduría, todos estos hombres consagrados a la actividad espiritual en el más amplio sentido de la palabra, hallarían en la Pasión de Cristo una inagotable fuente de poder. Al contemplar la *Flagelación*, la imagen moribunda de Cristo, les decía: "Aprende de mí a permanecer impasible bajo los azotes del destino, resistiendo todos los dolores, y adquirirás un nuevo sentido: la comprensión del dolor, sentimiento de la unidad con todos los seres, porque si consentí en sacrificarme para todos los hombres, fue para enseñorearme de lo más profundo de su alma".

La *Corona de espinas* les inclinó a desafiar moral e intelectualmente al mundo, soportando el desprecio y el ataque contra lo más caro y querido, diciéndoles: "Arrastra valientemente los golpes cuando todos se vuelvan contra tí. Aprende a afirmar contra la negación del mundo. Sólo así te convertirás en *ti mismo*".

La escena de la *Cruz auestas* les sugería una nueva virtud diciendo: "Esfuézate en sobrellevar el mundo sobre tu conciencia como consintiera Cristo en llevar la Cruz para identificarse con la tierra. Aprende a sobrellevar el cuerpo como una cosa externa. Necesario es que el espíritu sujete al cuerpo con su voluntad como sujeta la mano el martillo".

Por tanto, el Misterio de la Pasión no significó en manera alguna para el Occidente y los pueblos nortños un motivo de pasividad, sino una renovación de energía por medio del Amor y del Sacrificio.

La escena del *Gólgota* es el último término de la vida de Cristo, el sello impreso sobre su misión, y por tanto, el más profundo Misterio del cristianismo. Goethe ha dicho a este propósito: "El supremo Misterio de dolor es algo tan sagrado, que mostrar su imagen a los ojos de la multitud puede parecer sacrílega profanación".

"¿A qué viene la lúgubre escena de la crucifixión?", se preguntaban los paganos de los primeros siglos. ¿De este martirio cruel ha de surgir la salvación del mundo? Y muchos pensadores modernos han repetido: ¿la muerte de un justo tiene que salvar necesariamente a la humanidad? ¡En tal caso, Dios es un verdugo y el universo un potro de tortura!

Rodolfo Steiner ha dado a tan agudo problema la más filosófica respuesta: "Hay que evidenciar a los ojos del mundo que siempre lo espiritual ha vencido a lo material. *La escena del Gólgota no es otra cosa que una Iniciación transportada sobre el plano de la historia universal. De las gotas de sangre vertidas sobre la cruz, mana un torrente de vida para el espíritu. La sangre es la substancialización del yo. Con la sangre derramada en el Gólgota penetraría el amor de Cristo en el humano egoísmo como vivificante fluido*".

Lentamente, la cruz se levanta sobre la siniestra colina que domina Sión. En la víctima ensangrentada que se estremece y palpita bajo el infame suplicio, respira un alma sobrehumana. Pero Cristo entregó sus poderes a los Elohim, y siéntese como desprendido de su aura solar, en la soledad horrible, en lo más hondo de un abismo de tinieblas donde gritan los soldados y vociferan los enemigos.

Obscura nube pesa sobre Jerusalén. La terrena atmósfera es sólo un prisma de la vida universal. Sus fluidos, vientos, elementales espíritus, aliméntanse a veces con las pasiones humanas mientras responden a las impulsiones cósmicas por medio de sus tempestades y convulsiones.

Y llegaron para Jesús las horas de *agonía*, aplastantes como eternidades. A pesar de los desgarramientos del suplicio, continúa siendo el Mesías. Perdona a sus verdugos, consuela al ladrón que mantiene la fe. Próxima la muerte, siente Jesús la abrasante sed de los ajusticiados, presagio de liberación. Pero antes de vaciar su cáliz, debía experimentar este sentimiento de soledad que le obligaría a exclamar: "Padre mío, ¿por qué me has abandonado?" seguido de la palabra suprema: "Todo ha terminado", que imprime el sello del Eterno sobre la frente de los siglos suspensos.

Una postrera exclamación brota del pecho del crucificado con estridencias de clarín o semejante a! simultáneo desgarrar de las cuerdas de un arpa. Tan terrible y poderoso fue aquel grito, que los legionarios romanos retrocedieron balbuciendo. "¿Sería acaso el Hijo de Dios?"

Ha muerto Cristo, y sin embargo, Cristo está vivo, ¡más vivo que nunca! A los ojos de los hombres, no resta de él más que un cadáver suspendido bajo un cielo más oscuro que el averno. Pero en los mundos astral y espiritual, refulge un chorro de luz seguido del retumbar de un trueno de mil ecos.

De un solo ímpetu, el alma de Cristo refúndese en su aura solar seguida pqr océanos de almas y saludada por el *hosanna* de las regiones celestes. Desde entonces hasta ahora, los videntes de ultratumba y los Elohim saben que se ganó la victoria, que se ha desvanecido el aguijón de la muerte, que se ha resquebrajado la lápida que cubre los sepulcros, viéndose las almas flotar sobre sus esqueletos mundos.

Cristo ha reintegrado su reino con sus poderes centuplicados por su Sacrificio.

Y ya con renovado impulso se halla presto a penetrar en el corazón del Infinito en el burbujeante centro de luz, de amor y de belleza al que llama su Padre. Pero su compasión le atrae hacia la tierra de la que por su martirio ha devenido dueño.

Una bruma siniestra, un melancólico silencio continúan envolviendo a Jerusalén. Las santas mujeres lloran sobre el cadáver del Maestro, José de Arimatea le da sepultura. Los apóstoles se ocultan en las cavernas del

valle de Hinnom, perdida toda esperanza, ya que desapareció el Maestro.

Nada ha cambiado, en apariencia, en el opaco mundo de materia. Y sin embargo, un singular acontecimiento ha ocurrido en el templo de Heredes. En el preciso momento en que Jesús expiraba, el espléndido velo de lino, de jacinto y púrpura teñido, que cubría el tabernáculo, se desgarró de arriba abajo. Y un levita que pasaba vio en el interior del santuario el arca de oro contorneada por querubines de oro macizo con sus alas tendidas hacia la bóveda, Y sucedió algo inaudito, porque los ojos profanos pudieron contemplar el misterio del santo de los santos donde el propio pontífice máximo no podía penetrar más que una vez al año. Los sacrificadores echaron a la multitud temerosos de que presenciara el sacrilegio.

He aquí' el significado del hecho: La imagen del Querubín que tiene cuerpo de león, alas de águila y cabeza de ángel, semeja la de la esfinge y simboliza la evolución completa del alma humana, su descenso en la carne y su retorno al Espíritu. Cristo hizo que se desgarrara el velo del santuario resolviendo el enigma de la Esfinge.

En adelante, el Misterio de la vida y de la evolución se hace asequible para cuantos osan y quieren.

Y ahora, para explicar la misión realizada por el espíritu de Cristo, mientras los suyos *velaban sus exequias* debemos apelar una vez más al acto capital de la iniciación egipcia.

Permanecía el iniciado tres días y tres noches sumergido en letárgico sueño en el interior de un sarcófago, bajo la vigilancia del hierofante. Durante este tiempo y con relación a su grado de adelanto, efectuaba su viaje por el otro mundo.

Según el lenguaje de los tiempos era como resucitado y *dos veces nacido*, porque recordaba al despertar su anterior permanencia en el imperio de los muertos. También realizó Cristo su viaje cósmico mientras permanecía en el sepulcro antes de su resurrección espiritual a los Ojos de los suyos. Todavía hay en ello un paralelismo entre la Iniciación antigua y los modernos Misterios que aportó Cristo al mundo. Paralelismo aunque también mayor amplitud. Porque el viaje astral de un Dios que atravesara la prueba de la muerte física debía, necesariamente, pertenecer a una índole distinta, de más vasto alcance que el tímido bogar de un simple mortal en el reino de los muertos, en la barca de Isis.¹⁴

Dos corrientes psicofluidas envuelven al globo terrestre con anillos múltiples como eléctricas serpientes en perpetuo movimiento. Moisés llama a una *Horeb* y Orfeo llámala *Erebo*. Podría llamarse también *fuerza centrípeta* porque tiene su centro en el interior de la tierra y a ella conduce todo cuanto se precipita en su flujo torrencial. Es el abismo de las generaciones, del deseo y de la muerte; la esfera de experimentación llamada también por las religiones purgatorio. Arrastra en sus remansos y

torbellinos a todas las almas todavía sujetas a sus pasiones terrenas. A la otra corriente la denomina Moisés *Yona* y podríamos definirla como *fuerza centrífuga*, porque en ella subyace la *potencialidad de expansión* como en la otra la de *contracción* y se halla relacionada Con todo el Cosmos, Por ella ascienden las almas al sol y al cielo, y por su mediación también se hacen asequibles las divinas influencias. Por ella descendiera Cristo bajo el símbolo de la Paloma.

Si los iniciados predispuestos para el viaje cósmico por un alma altamente evolucionada hubieran sabido en todo tiempo alcanzar la corriente yona después de su muerte, la inmensa multitud de almas entenebrecidas por los vahos de la carne, difícilmente volverían, sin abandonar apenas de una encarnación a otra la región de *Horeb*.

El tránsito de Cristo por los limbos crepusculares, abrió una brecha perdurando en circuitos luminosos y franqueando de nuevo a las almas perdidas, como las del segundo círculo del Infierno del Dante, las rutas celestes.

Así alumbraría la misión de Cristo, ampliando los límites de la vida después de la muerte como ampliara y alumbrara la vida sobre la tierra.

Pero lo esencial de su misión consiste en llevar la certeza de la resurrección espiritual en el corazón de los apóstoles que debían divulgar su pensamiento por el mundo. Después de resucitar por sí mismo debía resucitar en ellos y por ellos para que este hecho planeara sobre toda la historia futura. La resurrección de Cristo debía ser la prenda de la resurrección de las almas es esta vida como de su fe en la otra.

Por ello no bastaba que Cristo se manifestara a los suyos en visión astral durante el profundo sueño. Necesitaba mostrarse durante la vigilia, en el plano físico y que la resurrección tuviera para ellos, en cierto aspecto, una apariencia material.

Y tal fenómeno, aunque difícil para otros, podía fácilmente realizarlo Cristo, porque el cuerpo etéreo de los grandes Adeptos —y el de Cristo debía poseer una vitalidad particularmente sutil e intensa— se conserva durante mucho tiempo después de acaecida su muerte, perdurando en la materia una porción de su influjo: Basta que el Espíritu la anime para en determinadas condiciones hacerla visible.

La fe en la resurrección no nace bruscamente en los apóstoles, sino que debía insinuarse en ellos como una voz que persuade por el acento del corazón, como un soplo de vida que se comunica. Se posesiona de su alma como avanza paulatinamente el día transcurrida la profunda noche. '

Tal es el alba clara que se alza sobre la grisácea Palestina. Escalónanse las apariciones de Cristo para surtir efectos crecientes. Leves al principio y fugitivas como sombras, aumentan luego en radiación y fuerza.

Pero ¿cómo ha desaparecido el cuerpo de Jesús? ¿Lo ha consumido el Fuego Original bajo el aliento de las Potestades como el de Zoroastro, de

Moisés y Elías y tembló por ello la tierra, la guardia derribada, como describe el Evangelista? ¿O bien sutilizado, espiritualizado hasta el punto de despojarse de toda partícula material fundióse entre los elementos como un perfume en el agua, como bálsamo en el aire? Sea lo que fuere, mediante maravillosa alquimia se diluyó en la atmósfera su quintaesencia exquisita.

Pero he aquí a María Magdalena, portadora de esencias, viendo en el sepulcro vacío a "dos ángeles de faz radiosa y vestiduras niveas". Vuélvese asustada y se encuentra con un personaje que no reconoció, sobresaltada, y cuya voz pronuncia su nombre: "María. .." Conmovida hasta la médula reconoce al Maestro y se arroja a sus pies para rozar el extremo de su túnica.

Pero El, como si temiera el contacto hartado material de aquella de quien "alejara siete demonios", dice: "No me toques. .. ¡Ve y di a los apóstoles que he resucitado!"

Aquí habla el Salvador a la mujer apasionada, a la pecadora convertida en fervorosa del Señor. Con una palabra vierte hasta el fondo de su corazón el bálsamo de eterno Amor, porque sabe que al través de la Mujer alcanzará el alma de la humanidad.

Cuando Jesús se aparece luego secretamente a los once, reunidos en una casa de Jerusalén y les cita en Galilea, el Maestro reúne su rebaño electo para la obra futura.

En el patético crepúsculo de Emaús, el divino sanador de almas enciende de nuevo la fe en el ardiente corazón de dos discípulos afligidos.

En las playas del lago de Tiberíades se aparece a Pedro y a Juan, preparándolos para su difícil misión.

Y cuando por fin se muestra a los suyos por vez postrera sobre la montaña de Galilea, les dice estas palabras supremas: "Id y predicad el Evangelio por doquiera... ¡Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo!"

Es la solemne despedida del Maestro y el testamento del Rey de los Arcángeles solares.

Así, el místico acontecimiento de la resurrección que debía nacer entre los apóstoles como tímida aurora, se intensifica y aclara, finalizando en un glorioso poniente que consolida su pensamiento eterno, envolviéndolo en su púrpura suntuosa y profética.

Una vez más, años más tarde, aparecerá Cristo de una manera excepcional a Pablo, su adversario, en el camino de Damasco, para convertirlo en su más fervoroso defensor.

Si las precedentes apariciones de Cristo de hallan como revestidas de un nimbo de ensueño, posee ésta un carácter histórico incontestable. Más insólita que las otras, posee una radiación victoriosa. Todavía la cantidad de fuerza aplicada se equipara con el resultado perseguido. Porque de esta visión fulminante debía salir la misión del apóstol de los gentiles que

convertiría al Cristo a la humanidad greco-latina y por ella a todo el Occidente.

Como astro radiante, promesa de un mundo que vendrá, planea sobre la densa bruma del horizonte, así la resurrección espiritual planea sobre la obra entera de Cristo. Es su necesaria conclusión y su corolario.

Ni el odio, ni la duda, ni el mal han sido desterrados. No deben desaparecer todavía, porque son a manera de fermentos para la evolución.

Pero en adelante, nada podrá arrancar del corazón del hombre la Esperanza inmortal. Por cima de fracasos y muertes, un coro inextinguible cantará al través de las edades:

**"¡Cristo ha resucitado!
¡Se han abierto las rutas de la tierra y del cielo!"**

NOTAS AL LIBRO XI

1. Véase la descripción que doy al comienzo de la "Vida de Jesús".
2. "Bosquejo de la Ciencia Oculta", por Rodolfo Steiner.
3. Esta clasificación de los Evangelios desde su peculiar punto de comprensión es un resumen de diversas conferencias del Dr. Rodolfo Steiner.
4. Estos espontáneos vislumbres reciben aquí la luminosa confirmación de la ciencia de un pensador y vidente de primer orden. Pláceme manifestar por medio de estas Líneas mi fervorosa gratitud a tres distinguidos teósofos suizos: Sr. Osear Grosheinz, de Berna; Sra. Grosheinz, de Berna; Sra. Grosheinz-Laval y Sr. Hahn, de Basilea, que me proporcionaron preciosas informaciones sobre algunas conferencias privadas del Dr. Steiner. Remito al lector al libro anterior de Jesús, donde se hace referencia al primordial desenvolvimiento de Jesús y a la expansión de su conciencia.
5. De "Santuarios de Oriente".
6. Léese esta postrera alusión en el primitivo Evangelio hebreo y en los antiguos textos de los sinópticos. Más tarde se substituyó por la que se lee ahora: "Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto todo mi afecto", lo que aparece como vana repetición. Precisa añadir que, en el sagrado simbolismo, en esta *oculta escritura* adaptada a los Arquetipos del mundo espiritual, la sola presencia de la mística Paloma en el bautismo de Juan indica la encarnación de un Hijo de Dios.
7. Léase "Pitágoras".
8. Rodolfo Steiner. "Conferencias de Basilea sobre el Evangelio de Lucas".
9. Rodolfo Steiner. "Conferencias de Basilea sobre el Evangelio de Lucas".
10. Rodolfo Steiner. "Conferencias de Basilea sobre el Evangelio de Lucas".
11. Véase "El Misterio Cristiano y los antiguos Misterios", por Rodolfo Steiner.
12. En el libro de Jesús he tratado de definir el estado íntimo del alma de Cristo en el instante de la Transfiguración.
13. Representaciones del Vital principio (N. del T.).
14. Esta barca era en realidad el cuerpo etéreo del iniciado, que el hierofante separaba del cuerpo físico, arrastrado por el torbellino de las corrientes astrales.